

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1864. — TOMO XXIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.  
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 23. — Nº 575.

## SUMARIO

Las tropas danesas acampadas en las fronteras del Holstein; grabado. — Nuestra Señora de Loreto. — Sir John Lawrence; grabado. — Sucesos de Polonia; grabados. — Revista de Paris. — A Bellini. — La diosa Garganta. — Las fiestas de la circuncision en Turquía; gra-

bados. — París y Londres en 1393. — La Birmania; grabados. — La comedia casera en Paris; grabados. — Un amor inalterable. — Revista de la moda. — De la prolongacion de la vida humana por medio del café. — Harding; grabados. — Problemas de ajedrez; grabado.

## Nuestra Señora de Loreto.

LA SANTA CASA.

I.

Hubo en otro tiempo en Judea una pequeña villa, conocida por Nazareth, cuna de una niña benditísima, que con su gracioso natalicio llenó al mundo de felici-



Las tropas danesas acampadas en las fronteras del Holstein.

dad. Allí tenían su casa solariega dos escogidos consortes, amados del Altísimo y prevenidos con las bendiciones del cielo; los que si bien lloraban la esterilidad en su matrimonio, llegó el momento en que Dios enjugó sus lágrimas, enviándoles un ángel que les anunciase estar designados por padres de la que había de ser madre del Salvador y corredentora del linaje humano.

Aquellos dos ancianos patriarcas, Joaquin y Ana, oyeron respetuosamente las sagradas palabras del Espíritu celeste, corriendo por sus rostros venerables lágrimas mezcladas de alegría, de temor y de esperanza, sin comprender cómo pudiese Ana concebir atendida su avanzada edad. Empero el milagro del Omnipotente alentó su fe: guirnaldas votivas cubrieron el suelo de aquel humilde aposento, manojos de ciprés y coronas de laurel sagrado le ofrece la tierra, célicos versos la poesía, el humo sabio inflama el aire, y los valles cercanos se visten de adelfas y de lirios; el cielo se sonríe y la atmósfera embalsamada atrae sobre aquel hogar bendito los dulces mensajes de la violeta y del naranjo. El averno tiembla porque ve aniquilarse su gigantesco poder, y ya la serpiente seductora se arrastra avergonzada para ocultarse entre la yerba, porque el prodigio de la puerta dorada y misteriosa iba a realizarse.

## II.

El mundo sumido en la ignorancia; ese mismo mundo que carecía de regocijo presentando el aspecto de la noche y sus horrores, ostentando la aridez de los campos de Samaria, secos ya por falta de rocío, ve alzarse en la casa de Nazareth aquel tupido velo que cubría el porvenir, y apenas se atreve a contemplar en los campos del destino las imágenes de las cosas futuras que le anunciaron inspirados vates. Mas la promesa magnífica de Dios va a cumplirse en aquella modesta morada, el mundo va a llenarse de consuelo, y la descendencia proscrita de Adán contribuirá no poco a dulcificar su dolor.

Las jóvenes y risueñas horas del presente van a hacer olvidar el pasado y el ameno porvenir; las negras sombras que cubren de luto al mundo van a desvanecerse ante las brillantes tintas de la mañana, y se presentarán las huellas de los rayos de la aurora, derramando oro y perlas por doquier. El mar sereno y sin creciente se presentará apacible, encorvando a lo lejos sus brazos extendidos hacia la tierra, en ademán de estrecharla contra su seno, porque está allí el pabellón donde por la vez primera va a abrir sus ojos a la luz la hija predilecta de sus ondas.

## III.

Los patriarcas y profetas de la antigua ley, que tranquilos dormían en las silenciosas tumbas, de súbito despiertan con el corazón henchido en lágrimas, y contemplan los momentos que faltan aun para la reconciliación del mundo, y entre suspiros y dudas preguntan: ¿resta todavía mucho de la noche del pecado? A todo esto hallan sus frentes humedecidas con el rocío matutino: recobran poco a poco el espíritu refulgente del vaticinio; siéntense inspirados, y saliendo de su lecho de polvo exclaman: «¡Ven, oh astro matutino, ven para que pasemos de las tinieblas a la luz y del dolor al placer!... ¡Ven, santa princesa prometida, faro luminoso de la verdad sagrada; ven e infunde claridad a los oscuros pórticos de Israel y a la región sombría del mundo! ¡Ven, oh clara luna, para que con tu rocío se fertilice la tierra, y para que los rayos de tu dulzura la inunden de general alegría!»

## IV.

Ahora bien: esta niña tan privilegiada, ¿permanecerá acaso en el vientre de santa Ana, como las demás criaturas en el de sus madres, pendiente de un hilo sobre los infiernos? No; Dios la eligió para madre de su Unigénito, puso en ella todo su afecto y la preservó desde el primer instante de su concepción de la ley mundanal, borrando solo para ella la infección de la culpa en un veloz instante con la rapidez eléctrica que a un tiempo mismo dibuja y borra su huella en la elíptica celeste.

¿Quién es pues esta criatura benditísima, que viene enamorando al mundo y disputando a las flores su perfumado aliento, al aire su limpidez, a la vegetación sus galas? ¿Quién es esta, cuyos rubios cabellos asemejan a los rayos del sol? ¿Quién aquella, a quien las estrellas coronan, la luna sirve de trono y el sol de manto?

Esa niña tan hermosa como las brisas del otoño, cuyo torneado cuello es más blanco que el de los cisnes, cuyos labios son de jacinto, parecidos sus ojos a los de la paloma, y toda ella revela un tipo de extraordinaria belleza, a quien los serafines cubren con sus alas mecidiéndose suavemente en las blancas nubes de la aurora, rodeada de espíritus angélicos, apareciendo al mundo cual lucero hermoso de la mañana y bañando de contento a la tierra; pues bien: esa es nada menos que María, la Purísima María que nace en una casa de Nazareth, para ser madre del Divino Verbo.

«Ilustres profetas de Dios, ya vuestros vaticinios principian a cumplirse. Los triunfos de una mujer y la victoria sobre el enemigo de una generación perseguida desde el pecado del primer hombre, cuya imaginación

no descubría ya medio alguno de llegar a su felicidad sino por medio de María.» Ella antes de nacer, cual lucero vespertino, extiende un sombrío crepúsculo sobre el infierno, y aplastando la cabeza de la serpiente, la hace desaparecer para siempre, sepultándola en las regiones de la ignorancia.

## V.

Todo anuncia que María no nace en la esclavitud del pecado, porque es la hija de la gracia y del misterio.

El enemigo implacable del género humano comienza a perder su influencia, y debilitándose las adoraciones que antes recibiera de las divinidades paganas, el excelso nombre de esta Reina se hará simpático en toda Italia y en la Grecia; caerá Júpiter con el Capitolio y Marte con los belicosos laureles de su triunfo; los lúgubres demonios de la India y del Oriente se estremecerán, y las efigies mentidas de Moloch y de Pluto serán derribadas de sus pedestales por el cristianismo que adora a María. La montaña desencantada quedará sin su orcada, la fuente sin su ninfa, y los mentidos ritos del dios Pan serán abolidos para siempre; no más libaciones supersticiosas; no más ciudades engañadas que ornén sus puertas de guirnaldas en obsequio a los dioses fabulosos.

Pero tiempo es ya de que hablemos de la casa santa de Nazareth, donde ha nacido María, donde vive inspirada por el Espíritu Divino, fijo su pensamiento en las clarísimas profecías de la revelación y en los padecimientos y milagros del prometido en la ley. Vedla allí levantando sus ojos purísimos al cielo; a su lado descendiendo un ángel que se arrodilla ante ella y saludándola la bendice. «No pienses, María, la dice, que estas palabras que te he anunciado acerca de un gran misterio proceden de mí; proceden de Dios. Tú eres la única entre todas las criaturas que está libre del pecado. Por esto el cielo te ha elegido para madre del Divino Verbo.»

Un rayo de luz se ve brillar sobre aquel aposento, y desde aquel momento se verifica la encarnación del Hombre-Dios en las purísimas entrañas de la Virgen.

Desaparece el ángel, cruza la región del aire con rápido vuelo, y María, desposada con un humilde carpintero descendiente de la gran prosapia de David, sale de la casa de Nazareth atravesando las montañas de Judea, llega al domicilio del pontífice Zacarías, abre sus purísimos brazos y estrecha contra su seno virginal a su bendita prima, brillando en su rostro santísimo la sonrisa de un alma privilegiada. Isabel pronuncia palabras de bendición, y el Bautista late en su vientre, mientras María levanta sus blancas manos al cielo entonando un cántico de sublime poesía. *Magnificat anima mea Dominum.*

Después regresaron ambos esposos a la casa de Nazareth, a aquel modesto albergue, donde hacen vida doméstica é inocente y en espectación de altísimos misterios. Porque María, desde el momento en que otorgó a las palabras del ángel pronunciando aquel *fiat* que ansiosamente esperaba Adán y su descendencia, fué madre de Dios, y su voz retumbó dulcemente en el féretro del anciano patriarca Abraham, anunciando a los justos que acababa de ser disuelta la maldición de Eva por privilegio a María, y que el mundo había sido colmado de consuelo, de bendición y de gracia. Así la vemos en la casa de Nazareth dirigir palabras de sublimidad al cielo, exclamando: *¡Oh! mi alma me dice interiormente con alegría que espere. Lánzase más allá de la hora divina y se regocija en el porvenir dichoso.*

María, según el melifluo san Bernardo, tuvo perfecto conocimiento de las parábolas y enigmas legales, penetró el propio sentido de las alegorías admirables, fué fidelísima en creer, sincera y muy clara en explicar. En los días de la espectación de su purísimo parto estuvo el Señor en ella como en trono querúbico; por eso la denomina así san Efrén, y el mismo san Bernardo añade que fué asiento supremo de Dios. Los ángeles se enajenan de gozo al dirigir sus miradas a la casa de Nazareth, donde habita María, porque descubren una estrella brillantísima que, atravesando las nubes, se coloca sobre ella sirviéndole de aureola, porque en aquella casa santa se representa la Jerusalén nueva, a la que ha descendido el Divino Verbo, donde está la Reina con vestido de oro, rodeada de variedad, con galas preciosísimas y brillantes adornos.

Los querubines tejen guirnaldas de rosas, embelleciendo aquel aposento humilde. El Eterno Padre le envía un ángel con batea de oro y en ella collares de perlas, simbolizando la gracia é inocencia de María.

## VI.

Corría el gran siglo de Augusto, el más bello de todos los siglos después del de Pericles, como dice un autor moderno, y Roma extendía su dominación hasta las extremidades de la tierra. El César quiere saber el censo de su vasto imperio, y manda formar una estadística general que satisfaga sus deseos; el edicto se promulga en todas partes obligando a los vecinos a empadronarse en sus respectivas tribus.

María y José salen de la casa de Nazareth dirigiéndose a Galilea, donde la sorprende el parto, y por lo cual tiene que refugiarse en un pobre establo cerca de Belén. Allí nace Jesús: sobre aquel derruido portal chispean las estrellas, los ángeles entonan gloria a Dios

y paz al mundo, dejan sus nidos las sonoras aves, y acompañan los suaves acentos de los serafines; el campo, helado y triste hasta entonces, se viste de verdes flores, y el monte infructuoso aparece cubierto de preciosas alfombras.

Los sencillos pastores le adoran y le ofrecen dádivas: los opulentos orientales, guiados por un astro, no tardan en adorarlo reconociéndole por Dios, por Rey y por hombre mortal. Vuelve María a Nazareth con José su esposo; la ilustre viajera presenta en el templo majestuoso de Jerusalén al sagrado infante que lleva en sus brazos; allí se aparece un anciano pontífice de sombrías funciones, alzando sus trémulas manos al cielo, quien pronunciando un oráculo divino pide salir en paz del mundo porque sus ojos ya han visto al astro dorado que esperaban las generaciones.

El eco de su voz resonó en el purísimo corazón de María, y sus ojos se arrasaron en lágrimas, porque con solemnes palabras le anunciaba aquel venerable sacerdote y profeta las trágicas escenas de la cruz.

## VII.

Ya María y José, su castísimo esposo, residen en la pequeña mansión de Nazareth, cuyo humilde aposento es testigo de las dulces delicias de la Santísima Virgen con el tierno niño Jesús; allí una y mil veces arrimó su purísimo pecho a su infantil boca; allí le besó con su purpurino labio; allí el divino Niño puso agraciada mano sobre los trenzados cabellos de su excelsa madre, tocó su tersa frente y acarició su arrasada megilla.

Allí paraba su imaginación divina el precioso infante, para mejor escuchar la dulce voz de su madre, que cantando le mecía, mientras él con sus encantadores gorgoros quería imitarla. Y si abundantes lágrimas inundan sus tiernas mejillas, ella le besa y estrecha en su seno virginal, enjugándose con sus mismas tocas. Sentado junto al manso río que murmura sereno, en él purifica los humildes pañales de su niño amado, los extiende en la playa ornada de cipreses; el sol les presta sus rayos de oro devolviéndoles toda su blancura; los corderillos saltan de los apriscos y corren en pos del tierno infante, tranquilamente dormido al lado de su madre, y al que los ángeles contemplan entre resplandores de gloria.

Los olorosos tomillos sostienen las fajas del recién nacido, las rizadas aguas se sonríen, mientras que el sol brilla sobre María, quien volviendo el rostro hacia su hijo, advierte que sus entornados ojos miran al cielo, y entonces ella entona puros cánticos de placer entre repetidas caricias y multiplicados halagos.

## VIII.

El cruel y suspicaz Herodes, el conquistador de Jerusalén, el asesino de su propia mujer é hijos, mal avenido sin duda con la aparición de un niño a quien estaba prometido el reino de Judea, expide un decreto infanticida, por el cual sus fieros ministros devoran mil vidas inocentes, entristeciendo a la más poderosa tribu de Israel. Voces melancólicas, postrer suspiro de la vida que se pierde, y ayes lastimeros se escuchan en Ramá y en todo el ámbito de Judea, estremécese la tierra y brama de sentimiento; y no es de extrañar, porque se ve empapada en sangre preciosa derramada por la ambición del mas despótico y voluptuoso monarca.

Los tiernos niños son arrancados con violencia del seno de sus madres, que pálidas y desencajadas, trémulos sus labios y agitados sus pechos a la vista de tanto horror, extienden sus brazos en ademán de asir las gargantas de los feroces verdugos de sus hijos, mientras que estos furiosos de venganza mueven sus gorgónicos ojos incrustados en órbitas de sangre; tirantes sus músculos, hinchadas sus venas, entreabiertos sus labios y apretados sus dientes, blanden sus cimitarras, hacen brillar sus puñales en el aire, y extendiendo la muerte por doquier, degüellan a los inocentes niños que truecan sus vidas por la del divino Jesús.

¡Escena de luto, de desolación y de muerte! Pero aquella misma sangre que inocente brota de las tiernas víctimas ha de servirle de anticipado bautismo; y hasta sus madres la reciben derramando amargas y abundantes lágrimas. Los infames sectarios del despota habían prestado atento oído a los angustiosos gemidos de las víctimas y mostrado sus sañosos osteides bajo satánica sonrisa como para mejor recrearse en los dolores que ocasionaban. ¡Veloces fueron en verdad sobre la tierra los días de aquellas inocentes víctimas, y pasaron cual efemera de la vida a la muerte, de la benéfica y reciente existencia a las eternas tinieblas del no ser! El soplo helado de la muerte extinguió, en efecto, la lámpara de sus vidas; pero sus beatísimos espíritus atraviesan el empireo y vuelan a esperar en el limbo la admirable ascensión del Salvador para con él tener ingreso en el cielo. Por eso se les ve hoy cubiertos con túnicas preciosas y embalsamadas, ornadas sus frentes de rosas y jacintos, jugar alegres y graciosos ante el excelso trono del Cordero.

## IX.

Un ángel dirige sus pasos hacia la casa de Nazareth,

y apenas ha llegado á ella anuncia á José el peligro que corre el niño con la resolución de Herodes; le manda que emigre con Maria á tierra de Egipto, y pronunciada la salvadora frase se oculta veloz entre las nubes.

Estremécese José, y no con poco recelo recoge á su esposa y al niño; abandonan su morada querida y huyen tan solo por salvar la vida de su caro hijo. Larga y peligrosa habia de ser la jornada. Unas veces los cielos contristados se deshacian en lluvia fria y torrentosa; otras el aire redoblaba su impetu pasando rápido y destructor por entre las ramas de los arboles, y remedando los lúgubres gemidos del huracan que iban á perderse en la inmensidad del espacio; otras, en fin, se oía el bramido de las fieras, el redoblado ruido de las aguas agitadas, el rumor producido por la lluvia, que desgajándose de las nubes caía á torrentes, el murmullo de los árboles y los silbidos del aire que hacían vacilar la luz; todo parecía haberse conjurado contra aquellos atribulados esposos, causándoles el espanto mas aterrador.

Los emisarios de Herodes van á Nazareth, registran el domicilio santo de Maria, y con ojos vacilantes buscan por todas partes el objeto deseado para sacrificarlo; mas contrariados en sus esperanzas é informados ya del disfraz de los viajeros, corren furiosos en su busca cual bandada de hambrientos lobos. Hablan entre ellos, discuten, disputan, y sabedores de que la jóven viajera llevaba el niño en sus brazos, lo cual constituía la consigna, decidense por fin á cortarles el paso, apostándose en diversos senderos. La medida no podia ser mas segura, y el futuro Rey de Judea habia de caer en sus sacrilegas manos.

Pero no fué así: el cielo seguía encapotado, la noche no podia ser mas borrascosa, abrianse las nubes de vez en cuando para dar paso á la imponente electricidad, única luz en aquellos negros y tortuosos caminos.

No lejos de allí, tras una montaña seca y descarnada hay una inmensa llanura, y despues se divisa la primera ciudad que fué atacada por los israelitas, la poética Jericó, cuyos espesos muros cayeron desplomados ante las formidables huestes de Josué. Dirigiase á aquella ciudad, donde á la sazón residía la tribu de Benjamin, un niño que en union de su padre cabalgaba en un camello; sorprendidos ambos por lo horroroso de la tormenta, y asustados por el continuo retumbar de los truenos, hubieron de refugiarse en una gruta que por intervalos iluminaba la siniestra luz de los relámpagos. Al poco tiempo de estar allí oyeron la consigna que los emisarios de Herodes, ocultos de antes en la gruta, se daban para mejor asegurar el golpe de coger á los viajeros.

Grande era pues el peligro que corrían Jesus, Maria y José, y la dificultad de huir de sus perseguidores crecía por momentos: imposible era pues que aquel niño al escuchar que la única salvacion de otro niño estaba en el paso del torrente, no concibiera desde luego el proyecto de avisar á sus padres, y así lo hizo.

Aquel muchacho, que á la sazón tenia unos diez años, se dejó mas tarde empujar en la carrera del crimen, y de falta en falta se dedicó al oficio de bandido, por lo cual fué preso y condenado por Pilatos á ser enclavado en una cruz, el mismo dia en que Jesus espiraba en igual suplicio como Redentor del mundo. Y Dimas, pues tal era el nombre del muchacho, invadido de la fe, pide á Dios que le perdone: *Domine memento mei, cum veneris in regnum tuum*, y Jesus le respondió: *Amen dico tibi hodie mecum eris in paradiso* (San Lucas, cap. 23), premiándole de esta suerte con su fe el favor que le hizo cuando era niño y huía de Herodes.

Veamos ahora el rico panorama que se ostenta á la vista de Maria y de José en su emigracion con el niño Jesus, que tiempo tendremos de seguir sus pasos y proseguir su historia.

En las comarcas situadas mas allá del famoso estrecho, antigua barrera del mundo habitable, límite y medida un día de los conocimientos geograficos, en aquellas comarcas descreídas donde en todo tiempo el mundo cristiano y civilizado ha fijado un preferente interés, allí brilló esplendorosa la antorcha de la fe cristiana en los cinco primeros siglos antes de ser extinguidas por las tempestades del fanatismo; tempestades desencadenadas en el siglo VIII por la irrupcion de los ciegos adoradores de Mahoma. Y sin embargo, en aquellas comarcas en que la barbarie musulmana ha borrado hasta los recuerdos y con ellos toda nocion de grandeza moral, florecieron san Cipriano y san Agustin: allí se alzaban á la par de Ciria, la famosa corte de los reyes numidas, las ciudades de Tagasta é Hipona, cuna la primera, ennoblecida la segunda por el episcopado de este santo doctor.

Y si nos remontamos á épocas mas anteriores, veremos que á pesar de que el Africa en razon á sus licenciosas costumbres, parecia no hallarse aun preparada para recibir las severas doctrinas del cristianismo, este, sin embargo, contó con notables progresos al finar del siglo II, y ya el célebre Tertuliano habia dado no poco brillo á las iglesias que en aquella época acababan de erigirse.

La historia nos ha conservado los nombres ilustres de los primeros martires que pronunciaron el nombre de Cristo, dando el ejemplo á Perpétua y Felicitas que despues sufrieron el martirio con no menos resignacion.

Comienza la era cristiana, y el Júpiter romano que supo derrumbar de los templos africanos la ensangrentada divinidad de Cartago, vacila tambien sobre su pedestal.

Los gastados simbolos y las embriagadoras sensuali-

dades de politeísmo van á desaparecer para siempre ante una fe mas sublime y mas pura, y los propagadores irresistibles de esta reciente religion van á llamarse san Cipriano, san Agustin, Tertuliano y Lactancio.

Desde una montaña árida, sembrada de piedras resbaladizas, se divisa una linea de murallas flanqueadas de torres cuadradas y tras de las cuales asoman edificios: son la ciudad santa, Jerusalem en medio de desiertos.

Recórranse las cercanías; aquí Jericó, allá Babud y á un lado el mar Muerto, que si hoy da espanto á la imaginacion por sus recuerdos imponentes y temibles y por el espectáculo de desolacion que ofrece á las miradas, en la época á que nos referimos era un risueño valle. Las tierras del Libano, cubiertas de nieve, derraman sobre este pais saludable frescura en lo interior, mientras que las costas marítimas exhalan húmedo calor, y las cercanas llanuras de la Arabia desierta están expuestas á un ambiente seco y abrasador.

No lejos de Roseta, en Egipto, hay una de las bocas del Nilo, que presenta una admirable perspectiva y un pintoresco pero temible torrente.

Deslizanse lentamente las aguas del majestuoso rio por entre las márgenes cubiertas de palmeras, de árboles de toda especie, de grandes plantíos de arroz y de muchas plantas silvestres y olorosas, cuyo aroma embalsama la atmósfera: vense esparcidas á uno y otro lado casas y cabañas; el ganado padece libremente en campos de un hermosísimo verde; mil especies de pájaros hacen resonar sus trinos por los aires, y millares de anades y de cisnes parecen los soberanos de aquellos pueblos acuáticos.

Tal era el terreno por donde marchaban, como ya hemos dicho, nuestros preclaros viajeros. Sentados unas veces á la sombra de los árboles no muy distantes de la ribera, apartados otras de las márgenes entre grupos de bojes y follaje, divisando otras las piramides, verdaderos colosos, gigantesca produccion del arte, fatigados muchas por los rayos ardientes del sol, refrigerábanse otras con las suaves brisas del Nilo, providencia de aquel largo valle, cuyas inundaciones regulares y cuyo fértil cieno produce los mas exquisitos frutos.

El sagrado infante paró su atencion en aquellas transparentes aguas, y su imaginacion se recreó al ver juguetear las ondas que de continuo se destruían unas á otras, y al ver brillar al sol sobre ellas produciendo las mas caprichosas tintas. La Virgen y san José contemplando á su vez al niño Jesus entretenido en tales objetos, ofrecían un grupo singular y digno de ser inmortalizado. Sentados otras veces en las playas de que hemos hablado, distinguíase el vasto y risueño mar que a presencia de Jesus parecia abdicar de sus imponentes derechos y hacer gala con la brisa que rizaba la superficie de lo variado de las tintas que ostentaba, merced á las rosadas nubes que le cubrían y á los aromas que le llevaba el viento de la tierra. Metamorfosis singular, inexplicable contraste si se atiende al estado de la atmósfera cuando la sacra familia emprendió su peregrinacion, pero perfectamente explicado por la presencia en aquellos sitios del Dios que iba á empuñar el cetro del mundo. Allí estaba el sol del Mediodía, jugueteando con las ondas del mar, ángeles se veían sobre las rocas que despuntaban en medio de la lisa arena, aspirando la fresca brisa del cielo que se mecía sobre las ondas al son de su dulcísimo murmullo.

El corazón se inunda de poesia y de amor, envidiando cada soplo de la brisa que se dirigía al Dios niño.

A los momentos penosos de Maria y de José, se seguían los dulces recuerdos de su querida morada en Nazareth, y el verse obligados á residir en un pais lejano y supersticioso, como lo era Egipto, cuya religion estribaba en la reputacion de mentidos oráculos: allí vivían de incógnito con el Supremo Rey, el mismo que un dia habia de hollar con su divina planta las régias púrpuras de los Césares, levantando su egregio solio sobre el águila y la serpiente del Nilo, extendiendo su bienhechora doctrina por do quier que hubiese hombres pensadores: allí residía el tierno Principe de la gloria, el mismo cuyo poder divino habia de extinguir para siempre el humo de los altares del hijo de Alemana.

Extranjera, como hemos dicho, la sagrada familia, y errante y proscrita, siete tiernos años habitó lejos de su patria, hasta que muerto Herodes lució el afortunado dia en que, levantando José sus ojos al cielo, diviso un ángel que le mandaba salir de Egipto. Emprendieron pues su viaje ambos consortes, llenos de gozo y satisfaccion, y dirigieron sus pasos á Judea, donde al llegar supo José que Arquelao, hijo de Herodes, cenía la diadema de su padre y dirigía los destinos de aquel pueblo: esta inesperada nueva le llenó de pavor, y henchido su pecho de tristura, temió por la vida de Jesus niño; empero en medio de tan afligido estado, experimentó una viva sensacion de alegria al ver á su lado otro ángel que, despues de saludarle, le ordenó se retirase á Galilea para seguridad del tierno infante. Hácenlo así, obedientes como siempre á la voluntad del Altísimo, y permanecen en aquella tierra hasta que otra vez el ángel se le aparece, notificándole que pueden volver sin peligro á la casa de Nazareth y acompañándole en el camino.

Las azuladas ondas de los mares de Galilea celebraban el regreso de los ilustres expatriados; los inocentes pajarillos, saltando sobre el romero, gorgean dulcemente; las pastoras que guardaban los ganados se asoman á las peñas arrojando guirnaldas al niño, que risueño viene jugando con las rubias sortijas que forman los cabellos del ángel; las abejas acuden zumbando al

rededor del agraciado rostro del niño, y cual primavera hermosa aparece el suelo cuajado de rosas, azucenas, claveles, jazmines y violetas que embalsaman el ambiente; triscan los corderillos, balan las ovejas, y el firmamento todo se sonríe saludando alegre á la majestuosa Trinidad de la tierra, que regocijada torna á su hogar predilecto.

## X.

Bella es la comparacion que puede hacerse de la humilde casa de Nazareth, donde habita el Dios excelso hecho hombre, con los famosos palacios de Neapolis y de Atenas, con los suntuosos edificios de Pompeya, con los soberbios monumentos de Roma y de Egipto, de la gran Mitilene y de la gran Ninive, ciudades todas donde admirándose los planos de Vitruvio, los caprichos y gustos naturales del hombre, tanto dieron siempre que hacer á los anticuarios; donde se ostentaban las ricas colgaduras de púrpura de Tyro, los preciosos mosaicos, las mas elegantes columnas y oblongos pedestales en que se apoyaban las mentidas divinidades de Isis, la Fortuna, Horo, Júpiter, Baco, el Dios de los cien nombres, Aniuzi con su cabeza de perro, el buey Apis y otra porcion de ídolos de forma grotesca y desconocidas designaciones.

La casa de Nazareth era en aquella época de pequeñas dimensiones, rústicas sus paredes, de sencilla construccion, rodeada de árboles y de jazmines que despidiendo suavísimo aroma, remedaban una hermosa corona de fragancia destinada á glorificar á sus sagrados habitantes.

Situada Nazareth en una posicion hermosísima, y apellidada ciudad en los libros santos, tan solo es hoy un miserable villorrio, cuyas casas y habitantes llevan en sí el sello de la pobreza. Hallase colocada en un valle circular y rodeada de quince montañas, que parece haberse acreado para circuir este sitio delicioso y defender su entrada.

Dividido este valle en pequeños jardines con hileras de rosales espinosos, abunda en higueras, y el suelo se cubre de una yerba fina y compacta que ofrece excelentes pastos.

Un pequeño riachuelo corre por medio de las estrechas calles de Nazareth, y en el centro del lugar se encuentra una mezquita, cuyo minarete parece proclamar un día y otro día que las falacias del Alcoran han reemplazado la moral pura del Evangelio.

Si el Jordan debe su mayor celebracion al bautismo de Jesucristo, Nazareth, ciudad de la baja Galilea, situada entre el Mediterraneo y el lago de Tiberiades, diez y ocho siglos hace que recibe el homenaje de los mas piadosos é ilustres viajeros.

La modesta casa de la Virgen está abierta en la roca, y se baja á ella, como á un subterráneo, por diez y seis escalones. Hallabase dividida en dos partes: la primera era la estancia que, segun una tradicion piadosa, fué trasladada por los ángeles á Loreto; y la segunda una gruta abierta en el peñasco. La gruta, poco profunda y ancha, de cinco á seis piés, que se encuentra en el declive del precipicio, es la misma en la cual no ha mucho hemos visto escondido á Jesus esperando que se dispersasen sus enemigos.

A unos ciento treinta pasos de la actual iglesia de Nazareth, está la casa en que el esposo de Maria ejerció el oficio de carpintero, y todavia se señala el sitio con el nombre de tienda de San José.

¡Cuán delicioso seria ver á aquellos esposos en tan dulce y pobre aposento, oyendo apacible el risueño cantar de los pajarillos que en los cipreses se albergaban, alegrándose el aire con el suave olor del jazmin, y jugueteando el agua en armonioso murmullo! ¡Cuán inevitable debiera ser el contento de aquellas benditísimas almas!

En su interior solo se veía el modesto ajuar de que ya hemos hablado, con los artefactos del humilde oficio que José ejercía, y con el que atendía al precioso sustento de su esposa y del divino niño, cada vez mas frugal y mas escaso, mientras en la soberbia Roma se servían en el cenáculo de los palacios los mas sustanciosos manjares y los licores mas escogidos.

Comparemos por un momento la económica mesa de Maria y de José con el Dios niño, á la de los Césares y poderosos, servida por esclavos con bateas de oro y palanganas llenas de aguas perfumadas, servilletas con franja de púrpura á la usanza oriental y romana. Comparemosla al Triclinium de los pompeyanos donde los convidados se reunían. Allí se veían la famosa pintura que representaba á la incestuosa Leda ofreciendo sus recién nacidos al rey del Olimpo; mesas de caoba adornadas con arabescos de plata, rodeadas de lechos y asientos semicirculares, con embutidos de preciosos metales, con cojines cubiertos de ricos bordados, que cedían voluptuosamente á la presion del cuerpo mientras se recreaban con las exquisitas viandas, coronadas estas mesas por ídolos, lares y saleros, derramando el vino sobre ellas y haciendo las libaciones de costumbre, tendiéndose sobre los lechos para comenzar los banquetes, brindando con el ciathus que les llenaba hasta el borde el escanciador; y mientras los esclavos cubrían las mesas de escogidos manjares, leían otros las rotulaciones de las ánforas para conocer la clase de los licores y su ancianidad.

Entre tanto, los humildes jornaleros de Nazareth, con su divino hijo, cercenaban sus placeres, tomando tan solo lo necesario para el sosten de la vida, y aun con su escasez, todavia socorren á otros mas indigentes, en

tanto que en aquellas opulentas y abundantes mesas, bajo dorados artesones, se niega un corto refrigerio al pobre, que siempre ha sido importuno el oírle decir que tiene hambre, siendo así que los demás se embriagan en las orgias y los festines.

Llega la celebracion de los Acimos y de los Tabernáculos, y en la humilde casa del artesano de Nazareth no se hace mas que cumplir con el rito judaico, contemplando el origen de aquellas solemnidades, mientras que la ciega gentilidad festeja á Vulcano en 8 de los idus de agosto, haciendo salir á la arena á los esclavos para luchar con las fieras y divertir al pueblo en sangriento espectáculo. Tales eran entonces las fiestas de Roma, y la Grecia por otro lado presentaba en sus anfiteatros lucha de hombres mas horrorosa aun que la de las bestias.

El mundo no estaba aun civilizado, el foco de la ilustracion confluia á su centro, que era la persona del tierno niño que habitaba la pobre casa de Nazareth, y que sale de ella á cumplir su mision de libertar al mundo de la esclavitud en que gemia, porque los hombres, en su mayor parte, carecian de toda idea de Dios, ignoraban el porvenir que les estaba reservado, y no sabian lo que pudieran haber mas allá de la tumba.

Por eso, y para desvanecer tan densas tinieblas, corre el Hijo divino de la Madre Virgen de Nazareth y promulga nuevas leyes á cuantos tengan oídos para oír y ojos para ver, revelandoles la existencia del verdadero olimpo, la recompensa que les espera en el verdadero cielo.

(Se concluirá.)

### Sir John Lawrence,

NUEVO VIREY Y GOBERNADOR GENERAL DE LA INDIA.

Sir John Lawrence, que acaba de suceder á lord Elgin en el vireinato y el gobierno general de la India, nació en este país en 1811, y es hijo del coronel A. W. Lawrence; ha sido educado en las universidades de Londonderry y Haeleybury.



Sir John Lawrence, virey y gobernador general de la India.

En 1829 volvió á la India en calidad de secretario, y vino á ser sucesivamente ayudante del gobernador residente en Delhi, magistrado y colector en diferentes provincias. Habiendo vuelto á Inglaterra en 1842, ocu-

pó durante cuatro años el puesto de administrador de aduanas.

En 1846 pasó de nuevo á la India en calidad de juez y colector de un distrito importante de Bengala. Sir A. Hardinge le cobró amistad, y desde entonces quedó asegurado el ascenso de sir John Lawrence. Nombrado en 1847 gobernador de las provincias recién conquistadas por la Inglaterra, las importantes reformas que introdujo en la administracion de esas comarcas le distinguieron como un legislador y un hombre de Estado consumado. Despues del asesinato de los enviados ingleses en Mooltan y de la guerra subsiguiente, sir John Lawrence fué nombrado gobernador del Punjab, y en poco tiempo supo pacificar esta provincia y dar el último golpe á la insurreccion. En el gran levantamiento de 1856 se pudo apreciar el efecto que habia producido su inteligente administracion en el Punjab, pues las tropas de este distrito no se limitaron á permanecer fieles á la Inglaterra, sino que contribuyeron poderosamente á la toma de Delhi. De regreso en Inglaterra, sir John Lawrence fué nombrado ciudadano de Londres y de Glasgow, tuvo la honra de recibir un voto de gracias del Parlamento, y en 1860 le hicieron caballero de la Estrella de la India. Finalmente, el gobierno acaba de recompensar sus inmensos servicios llamándole al puesto importantísimo de virey y gobernador general de la India.

H. C.

### Sucesos de Polonia.

(LITUANIA.)

El gobierno ruso se distingue cada dia en la Lituania por actos sin igual desde la invasion de los tártaros en la Polonia. Hé aqui el dibujo de una escena de las mas crueles que acaba de ocurrir en Vilna el 18 de octubre. — Los rusos prendieron en un arrabal á un jóven llamado Florkowski, por sospechar que volvia del campo de los insurrectos.

Sujeto con gruesas cuerdas, las manos ligadas por la



SUCESOS DE POLONIA. — Un prisionero polaco por las calles de Vilna.



SUCESOS DE POLONIA. — Los rusos derrotados por el destacamento del abate Mackiewicz en Swietobrosnia (distrito de Kowno).

espalda, le ataron á la silla de un dragon, y le condujeron de esta manera durante algunas horas en triunfo por las calles de Vilna. En tanto que tuvo fuerzas, el preso corrió detrás del caballo; pero al fin, rendido, llegó á caer, y fué arrastrado por las calles hasta que ensangrentado de piés á cabeza, quedó sin movimiento. En este estado le trasladaron al hospital militar donde murió al día siguiente.

Los bienes de los hacendados mas ricos se confiscan por todas partes. En el espacio de ocho dias 357 personas han sido deportadas á la Siberia, sin que hayan exceptuado á las mujeres. Está rigurosamente prohibido el proporcionar ropa y alimentos á esos infelices desterrados, que en su mayor parte sucumben al frio y al hambre en el camino.

Nueve ahorcados ha habido en el mismo pais en pocos dias. La lengua polaca ha sido abolida en Polonia. Mourawieff, el Neron del siglo XIX, quiere exterminar á toda la nacion polaca. Sin embargo, á pesar de tantas calamidades, los destacamentos se aumentan de dia en dia, y entre ellos los mas importantes son los del abate Mackiewicz, que ha dado ya mas de veinte combates á los rusos, de Ludhiewicz, de Pisrzski, de Krasowski y Lukarzonos. Los aldeanos lituanenses ingresan por masas en los destacamentos insurrectos, sobre todo en el del abate Mackiewicz.

El otro dibujo que publicamos, relativo á los sucesos de Polonia, representa el combate dado por este último á los rusos el 20 de octubre en Swietobrosca (distrito de Kowno).

Los rusos fueron derrotados y perdieron noventa y seis hombres de infanteria; en cuanto á la sotnia de cosacos (la sotnia se compone de cien jinetes), que tambien tomó parte en la accion, pereció sin que se salvara un hombre.

M. J. L.

### Revista de Paris.

Han comenzado por fin las fiestas del invierno. En la noche del 6 se dió el primer baile en Tullerías, al que asistieron cuatro mil convidados, y á esta señal de la corte se han abierto los grandes salones parisienses. El carnaval llega pronto este año, y por consiguiente hay necesidad de apresurar las diversiones. Por todas partes llueven las esquelas de convite: aquí es un baile, allí una comedia de salon, allá un banquete, un concierto; nada mas ocupado que la existencia del mundo elegante en la época que atravesamos. No queda libre una noche, y en cuanto á los dias, apenas hay tiempo, si se admite la necesidad de descansar entre las personas de buen tono, para dar una vuelta al lago del bosque de Boulogne, que ofrece hoy un espectáculo particular, muy propio del mes de enero. Desde principios de año está disfrutando Paris de una temperatura moscovita. El termómetro marca de ocho á diez grados bajo cero, y al influjo de un frio tan rigoroso, el inmenso lago se halla convertido en un campo de carreras donde lucen su habilidad los aficionados á correr patines. A decir verdad, no todos los que se aventuran por el hielo son maestros; pero quizá los mas inexperimentados son los que mas divierten á la muchedumbre.

Por desgracia sucede, que lo que constituye el placer de los unos no deja contentos á los otros. Los miles de industriales al aire libre que surgen en Paris con motivo de la fiesta de Año nuevo y cuyas tiendecillas de tablas dislocadas se extienden á lo largo de las vias principales de la capital, no pueden felicitarse de la inclemencia de la temperatura. El frio, lo mismo que la lluvia, disminuye sensiblemente el número de paseantes, que apenas arrojan una mirada de conmiseracion á los pobres tenderos.

En cambio en las tiendas de lujo se han hecho negocios brillantes. Los confiteros han vendido dulces por arrobas. La contribucion forzosa de los aguinaldos se ha pagado este año cual nunca. Ya hemos dicho que nadie está libre de esta contribucion onerosa, sea cual fuere su posicion social, y para demostrar cuán grande es la brecha que abre en los bolsillos, vamos á reunir á continuacion algunas cifras, apuntadas por un jóven que ha tenido la curiosidad de darse una razon exacta de lo que se va de la mano el día 1° de enero.

Este jóven se halla empleado en una casa de banca, mediante el sueldo anual de seis mil francos.

Hé aquí su cuenta:

A mi portero. . . . .	20 francos.
A la mujer que arregla mi cuarto. . . . .	15
A su hija. . . . .	5
A su anciana madre. . . . .	10
A las señoras de las casas en donde voy de tiempo en tiempo á tomar el té y un billete de rifa:	
Veinte y cuatro libras de bonbones y chocolate, á 6 francos la libra. . . . .	144
Juguetes para los niños. . . . .	100
Cajas para las señoritas. . . . .	160
Aguinaldos de las criadas. . . . .	70
A los tambores de la guardia nacional. . . . .	5
Al aguador. . . . .	3
Cartero y repartidor de periódicos. . . . .	10
Al mozo de la fonda. . . . .	5
Al del café. . . . .	5
Al del peluquero. . . . .	5
Doscientas tarjetas. . . . .	10
Doscientos sellos para franquearlas. . . . .	10
Doscientos sobres. . . . .	2
Carruajes para llevar á su destino los bonbones y los juguetes. . . . .	30
Total francos. . . . .	609

¡Seiscientos nueve francos, es decir, mas de la duodécima parte del sueldo de un año! Y es de advertir, que el jóven en cuestion no tiene familia, y ni siquiera está en vísperas de casarse, circunstancia que disminuye considerablemente el presupuesto.

Una partida parecerá quizá extraordinaria en esta cuenta, la de las tarjetas. ¡Doscientas tarjetas un hombre solo, y en una posicion de fortuna tan humilde! ¡Cuántas necesita pues un hombre de mundo? Difícil sería precisar la cifra. Segun las estadísticas del correo, se arrojan á los buzones de Paris con motivo de la solemnidad de Año nuevo, sobre cuatrocientas ó quinientas mil tarjetas cada dia durante una semana. ¡Qué diluvio de felicitaciones y cumplimientos! Pero la costumbre lo quiere así, y á la verdad, cuesta tan poco enviar tarjeta á los amigos y conocidos, que nadie protesta, al menos en la práctica, contra este uso.

Entre las publicaciones mas notables de año nuevo, ha llamado mucho la atencion una obrita debida al delicado ingenio del sentimental autor de *Picciola*, M. X. B. Saintine, á la que vamos á consagrar algunas líneas, porque el asunto se ajusta perfectamente al cuadro de nuestras crónicas.

Este curioso libro se titula *Mitología del Rhin*, y abraza una serie de leyendas relativas á los grandes hombres de la Alemania, que segun la supersticion germánica, en los lechos de piedra donde *duermen*, operan prodigios todavía.

Si quereis contemplar á la Alemania, dice el autor, con sus grandes ideas patrióticas, consultad las antiguas leyendas de sus DURMIENTES, que resumen no solo la historia de sus héroes, sino la de sus mas acendrados afectos. Arminius, Segfrido (el de los Nibelungen), Teodorico, Carlomagno, Witikind, Federico Barbaroja, Guillermo Tell, Carlos Quinto, sus héroes, sus amigos, sus glorias de todas las épocas, no se han separado completamente de la Alemania y de sus futuros destinos; no han muerto porque la Alemania no lo quiere; duermen y nada mas, Witikind bajo el Siegburgo, en Westfalia; Carlomagno en los subterráneos del ruinoso castillo de Nuremberg, donde á pesar de lo que digan en Aquisgram, reposa majestuosamente rodeado de sus pares, y pronto á ponerse en pié así que el dedo de Dios le indique que ha llegado el momento.

En cuanto á Federico Barbaroja, duerme en el Kishhauser, en los montes de pórfido y granito del Turinge.

Pocos años despues de su desaparicion del mundo, en cuanto oia Federico los sonidos de algun instrumento que subian de la llanura, aparecia en una de las cumbres de su montaña; y conociendo su aficion á la música las sociedades filarmónicas ó corales de Erfurt y de otras poblaciones, han seguido hasta el dia la costumbre que en aquellos primeros tiempos se estableció de darle serenatas.

Cuéntase que una noche, cuando daban las doce en el reloj de Tilleda, varios músicos que se habian instalado en el Kishhauser, vieron que el monte se abria y les aparecieron una porcion de mujeres cubiertas de pedrerías y con antorchas en las manos.

Estas mujeres les hicieron una señal; ellos las siguieron sin cesar de tocar, y así llegaron á presencia del emperador, quien les mandó servir una buena cena. Concluido el banquete se despidieron, y las bellas señoras de la corte, despues de haberles acompañado con sus luces, entregaron á cada uno de ellos una ramita de álamo.

Los músicos se habian prometido algo mas de la generosidad de Federico, y en su despecho arrojaron en medio del camino aquellas ramas, una vez que hubieron llegado á la falda del monte.

Uno no mas guardó la suya que colgó religiosamente á la cabecera de su cama, y entonces, ¡oh milagro! cada una de las hojas de álamo se cambió en un ducado de oro.

Sabedores de lo acaecido los demás músicos, corrieron en busca de sus ramas, pero inútilmente, pues no encontraron nada.

Otra vez un pastor (otros dicen un minero) encontró en lo alto del Kishhauser á un ermitaño con la barba blanca, que sin andarse en rodeos, le pidió pasara inmediatamente á ver al emperador Federico Barbaroja, que tenia que hablarle.

El pastor se quedó cortado un instante, y luego se puso á temblar en todos sus miembros. Despues de haberle tranquilizado el ermitaño, le llevó á una garganta tenebrosa, y pegando tres veces en la tierra con su varilla, se oyó un gran ruido, la tierra pareció que oscilaba, y por fin se abrió de repente.

En un aposento magnífico alumbrado por una luz que no se adivinaba de dónde procedía, vieron al emperador Federico sentado en un trono de oro con una corona de oro en la cabeza, que se inclinó ligeramente frunciendo el ceño.

Volviéndose no sin gran trabajo hácia el pastor, le habló un buen rato acerca de diferentes cosas, encargándole que repitiera sus palabras á los de abajo.

Su voz temblaba, pero se robustecía y vibraba en cuanto salía á relucir la gloria de la Alemania.

Por fin la conferencia terminó con el siguiente diálogo:

— ¿Los cuervos, vuelan todavía por encima del monte?

— Sí, respondió el pastor.

— ¿Cuelgan aun como en otro tiempo añosos árboles secos sobre los abismos del Kishhauser?

— ¿Quién podría arrancarlos de allí si no es la tormenta?

— ¿Nadie te ha hablado de la nueva aparicion de la anciana?

— Nadie.

— Está bien; cien años tengo que dormir aquí todavía.

Hizo señal al pastor de que se retirase y volvió á caer en su sueño murmurando un nombre de mujer que espiró en sus labios.

Hay que advertir aquí que entre estos grandes durmientes de la Alemania figura una mujer, ó mejor dicho, una imágen simbólica, sobre la cual dice lo siguiente la tradicion:

Cuando Witikind fué derrotado por Carlomagno en Engter, una pobre anciana que no podía seguirle en su fuga, lanzaba gritos desgarradores que aumentaban el terror del ejército fugitivo.

Los soldados, en cumplimiento á las repetidas órdenes de Witikind se detuvieron un instante en medio de su pánico, y

sepultaron á la anciana debajo de un monton de piedras y de arena. Sin embargo, no creían matarla al enterrarla viva, porque su jefe habia dicho: «Volverá.» Ahora bien, esta anciana que debe volver es Teutonia, y su nombre fué el que murmuró Federico Barbaroja al caer nuevamente en su sueño.

Hé ahí una muestra de las historietas contenidas en la obra de M. Saintine, bellas ficciones engendradas por la creencia de un pueblo en la inmortalidad de sus héroes.

Una cuestion muy singular y bastante interesante se discute en este momento en Paris, á propósito de la comedia titulada *Juan Baudry*, de M. A. Vacquerie. En esta comedia figura un personaje llamado Gagneux, que no se recomienda ciertamente á los ojos del público. Es un acreedor sin misericordia, insolente, ávido, y que en punto á honradez no se para en pelillos, como suele decirse.

Ahora bien, existe en Paris real y verdaderamente un hombre muy honrado llamado Gagneux, quien se cree con derecho para prohibir á M. Vacquerie que ponga su nombre á un personaje de capricho, que le imprima en los carteles de teatros y le exponga en carne y hueso á la reprobacion de la muchedumbre.

Bajo este concepto, M. Gagneux ha pedido con mucha formalidad al director del Teatro Francés, que haga desaparecer ese apellido cuya propiedad reclama, reemplazándole con el que tenga por conveniente.

El empresario ha dado parte al autor de esta pretension de M. Gagneux, y M. Vacquerie se ha negado á bautizar de nuevo al personaje de su comedia.

¿Cómo concluirá este debate? ¿Acudirá á los tribunales M. Gagneux, y la justicia será llamada á establecer una jurisprudencia en la materia? Esto es lo que se ignora todavía; pero lo cierto es que en el fondo del asunto hay una cuestion literaria de alguna importancia. Se halla en tela de juicio el arte moderno, el arte que ha sustituido á los antiguos nombres de comedia de pura convencion, nombres verosímiles. ¿Quién asegura que el nombre que se sustituyera al existente, no sería otra realidad, y así tambien los que reemplazaran á este último? El arte contemporáneo se complace tanto en la verdad, que el gran novelista Balzac iba por las calles, como nadie ignora, buscando en los rótulos nombres adecuados á los personajes que creaba. Ahora bien, este interés de la verdad en el arte, ¿debe sacrificarse á la susceptibilidad de un individuo cualquiera, sobre todo tratándose de un apellido oscuro, que realmente no designa á nadie? Bajo este concepto, sería de desear que recayera sobre este punto una resolucion jurídica.

La moda de las revistas dramáticas continúa muy en favor este año. Hasta ahora, tres han salido á luz en los teatros de Variedades, Delasements Comiques y Luxemburgo. La primera se titula: *la Revista en un quinto piso*; la segunda: *En globo*, título tomado de la navegacion aérea, cuya maniobra manda el capitán Nadar; y la última: *Cochero, vamos al Luxemburgo*. Todas estas extravagancias celebran el advenimiento de 1864, despues de poner en relieve los sucesos mas notables de 1863, sin que haya necesidad de advertir que este relieve es eminentemente grotesco. En un punto se han hallado acordes estas revistas, y ha sido en el de celebrar con ardor la libertad prometida á la industria teatral francesa.

En los Italianos se espera la llegada de Adelina Patti, que ha dado en Madrid su funcion de despedida en medio de una ovacion indescriptible. En Paris comenzará este año sus representaciones con la *Sonnambula*, en cuyo desempeño la acompañará el simpático tenor Nicolini. Se anuncia el ajuste de la señora Charton, bien necesario por cierto, una vez que ha pasado á Madrid la señora La Grange.

MARIANO URRABIETA.

### A Bellini.

Pasó un ángel veloz por este suelo,  
Se oyó un canto de paz en lontananza,  
Y con signos de estrellas en el cielo  
Una mano escribió: «Fe y esperanza.»

Pasó como agitado torbellino  
Dejando el alma del que siente inquieta,  
Pasó, mas con su acento peregrino  
Fuente de inspiracion le dió al poeta.

Pasó como la dicha en los amores,  
Pasó cual la privanza en un palacio,  
Pasó como el perfume de las flores  
Y de armonías inundó el espacio.

Pasó cual la memoria del que ha muerto,  
Pasó como ilusion desvanecida,  
Pasó como los aires del desierto,  
Y ángel de inspiracion voló á otra vida.

La patria del artista no es el mundo;  
Peregrino de un dia en este valle  
Busca otro suelo de placer fecundo  
Donde la voz del corazon acalle.

Su vida es solo desastrosa guerra,  
Los suspiros se mezclan á su canto,  
Y encuentra entre el desprecio de la tierra  
La inspiracion á costa de su llanto.

Breves como la dicha son sus dias,  
Siempre al dolor sujeto el pensamiento,  
Sus mas bellas y dulces armonías  
Son ayes que le arranca el sufrimiento.

Lleno de afán su pecho dolorido  
Canta y cantando muere lentamente,  
Y cuando ya el dolor le ha consumido,  
El mundo ciñe de laurel su frente.

Mas luego ¡oh Dios! su espíritu elevado  
De éter y aroma hasta las blancas nubes,  
Mezcla su voz como órgano sagrado  
Al coro celestial de los querubines.

Bellini, tú allí estás; oigo tu acento  
Que del cielo resuena en lo profundo;  
Y es que al formarte Dios, quiso un momento  
Encarnar la armonía en este mundo.

Es que le plugo con tu canto bello  
Dar del perdido eden una memoria;  
Es que formó tu voz de algún destello  
De las sublimes voces de la gloria.

Es que de un ángel te creó á la hechura,  
Porque bajando al suelo de improviso  
Le dijese al hombre sin ventura:  
« Quien siente como yo va al paraíso. »

¡Pobre artista, sentir! tal fué tu suerte:  
En tu rostro infantil lleno de encanto  
Se veían las tintas de la muerte  
Entre los surcos que dejaba el llanto.

Norma eres tú, es el dolor intenso  
Que del martirio no alcanzó la palma;  
Norma es un ¡ay! de sentimiento inmenso  
Arrancado al abismo de tu alma.

Es Norma tu ansiedad, tu misma vida,  
El arte que con lágrimas se escribe;  
La pusiste en acentos convertida,  
Pobló el espacio y por los aires vive.

Por eso yo tu cántico doliente  
Lo percibo en el son de una campana,  
En el murmullo de la clara fuente,  
En la brisa fugaz de la mañana.

Brotó en mi corazón cuando suspiro,  
Cuando lloro de penas angustiado,  
Lo escucho en torno mío cuando aspiro  
El aliento de un ser idolatrado.

Y tú no estás, artista; y por do quiera  
Oigo entre aplausos pronunciar tu nombre.  
¿Es que has muerto quizá? ¡Vana quimera!  
No muere el ángel como muere el hombre.

Es que vencido en esa lucha impía,  
Falto de paz, cansado de desvelo,  
Tu ser se evaporó en una armonía,  
Y envuelto en ella te subiste al cielo.

FELIX PIZCUETA.

### La diosa Garganta.

No quiero ser rey del imperio celeste, ni del turquí (Turquía), ni portero de la sublime Puerta Otomana, ni archipámpano, ni preste Juan de las Indias, ni autócrata, ni baja de trescientas colas, ni príncipe, ni duque, ni marqués, ni banquero, ni poltronero (alias ministro), ni general, ni particular, ni buen mozo, ni sabio, ni fuerte, ni diestro.

Si fuese mujer no quisiera ser hermosa, ni tener adoradores, ni corte, ni cortejos, ni cortijos, ni ser elegante, ni hacendosa, ni hacendada.

Todo esto vale un pito al lado de la flauta de mis deseos.

Lo que yo quisiera es tener una voz de privilegio; una gran garganta.

Para qué, ya lo supondrá cualquiera; para ser cantante.

En dos columnas se sostiene este castillo en el aire de mi aspiración. Una es la gloria y el interés la otra.

Porque hoy nadie mejor que la garganta sabe combinar estos dos sentimientos opuestos y elevarlos á la altura de lo sublime la primera, y de lo fabuloso el segundo.

¡Qué envidiables son los grandes cantantes del día!

Ellos tienen reunidas todas las glorias del arte sin los infiernos de la ciencia; gozan las dulzuras de la admiración sin las amarguras del desdén; beben el néctar de los aplausos que embriaga y no emborracha; comen la ambrosía de la alabanza que endulza y no empalaga; duermen en el blando lecho de los laureles con los ensueños de la inmortalidad; mueren en brazos de la fama; reposan en el panteón del genio, con el epitafio imperecedero de la historia, pues tan históricos son los gorgoritos de una garganta, como las conquistas de una espada.

Añádase á esto los millones de un Crespo, los lujos fabulosos del Oriente, el regalo de los sibaritas, la impor-

tancia de los potentados, viajes mas deleitosos que los de Cook y aventuras mas interesantes que cuantas han inventado los novelistas en sus momentos de exaltación fantástica ó de hambre indómita y de apocalípticas visiones.

Ellos no son extranjeros en ningún país, su canto es el verdadero idioma universal que todos comprenden. Para ellos son las primicias de todos los entusiasmos; para ellos los mas ardientes suspiros del amor; para ellos las mas escogidas coronas, las mas frescas y olorosas flores.

¡Qué embriaguez será arrebatarse á tantos públicos, levantarlos con la garganta como con una palanca mas poderosa que la que pedía el embozado matemático de Siracusa! ¡Qué baño tan delicioso el de empaparse en una lluvia de aplausos, lluvia cuyo barro es oro!

¡Ah! no hay nada mas grande que el gran cantante. El mundo es suyo, el mundo se gana con la Garganta; al mundo se entra por la puerta de la Voz con la llave de la Garganta.

Yo quiero que el mundo sea mío, y por eso he dicho que deseaba una garganta; no la tengo, yo soy del mundo. La diferencia no es grande que digamos.

Para los cantantes la verdadera edad de oro es la presente en que reina Pluto, no la pretérita en que reinó Saturno.

Todo el mundo se queja, y con razón, de las escandalosas cantidades que se dan á estos felices hijos del pulmón y monopolizadores del grito humano. Asustan las sumas que las gargantas devoran; irrita considerar que una garganta se gane en una noche cantando y haciendo trinos mas que un hombre honrado en un año sudando y trinando.

A la puerta del averno pone Virgilio un árbol con una rama de oro. A la puerta de la armonía ha puesto la moda un árbol todo de oro. Los cantantes son las aves escogidas que gorgean y trepan por tan preciosas ramas.

Ya se ve, los cantantes han introducido una nueva nota á las que bautizó el monge Guido de Arezzo: esta octava nota se llama *mas*, y los cantores en *crescendo*, de pecho, de boca y aun de mano han ido gritando *mas, mas, mas...* Los bolsillos de los espectadores saben a dónde ha llegado esta nota fatal; dónde llegará, nadie puede decirlo. Es una nota grave de puro agudísima.

Los empresarios han cambiado la nota *do* en *da*; de suerte que entre el *da* de las empresas y el *mas* de los artistas, el público *da mas* y oye lo mismo, cuando no menos que antes.

Hoy cada nota que sale de la garganta de un cantante se congela y se convierte en un pedazo de oro. La voz es el mejor metal. Un cantante es una mina de voz de que él solo es á la vez minero, propietario y accionista. También es prestamista que presta su voz y se gana los intereses.

Los gigantes, con sus montes amontonados, no pudieron escalar el Olimpo; los cantantes, con sus escalas caladas, trepan al cielo de la gloria y someten al Júpiter de la fortuna. Sus escalas elevan mas que nuestras escaleras.

Dichosos ellos que con solo cantar pueden contar dinero cantante, cantante y contento. Infelices nosotros que no tenemos mas cantos que los de la calle para tropezar. Ellos trinan y nosotros trinamos; pero ¡qué diferencia de trinos!

Si yo fuera un gran tenor, con conquistar y añadirme la interjección ¡O! de la admiración universal, me dirían: ¡Tenor, tenor!

Tamberlick da un *do* de pecho y es un grande hombre. Un escarolero da un *escaro-la* de talón, y no pasa de escarolero.

¡Cuántas glorias ignoradas! ¡Cuántas perlas de voz habrá encerradas en las toscas conchas de oscuras gargantas escondidas en el fondo del océano de la miseria!

Stentor sería hoy el mayor de los hombres; su voz sonaba como la de cincuenta. Si hubiera nacido ahora y aprendido á cantar, valdría por cincuenta artistas de nombradía, sobre todo en las óperas de Verdi. Multiplíquense por 50 12,000 reales que cada noche gana un tenor ó una triple de fama: ¡600,000 reales! le valdría cada ópera.

Véase lo que es la desgracia de no nacer uno á su tiempo. Está visto que los grandes hombres son obra de la purísima casualidad.

No dejaron los antiguos de tener sus locuras parecidas á estas, como por ejemplo, la de dar los atenienses al actor Polo, por solo dos representaciones, un talento ático (21,000 reales), pero entonces era excepción lo que hoy es casi generalidad.

Un astro musical se ha levantado deslumbrando los ojos y hasta los oídos. Este astro brillante se llama la Patti: es la estrella polar de todas las orejas. Todos los públicos se la disputan gritando: la Patti *pa mí*.

Un empresario dijo al público madrileño: la Patti es *pa tí*, si me das *pa mí* una peseta mas por entrada.

Vino la Patti: ¡qué aplausos! ¡qué triunfos! ¡qué entusiasmos! Nos dejó *pati-tiesos*. Vino á conmover los corazones y á remover los bolsillos, y el público dijo arrebatado: Tu voz *pa mí*, Adelina. *Pa tí* mis aplausos pasajeros y mis duros duraderos.

Ello sí, mientras si es preciso nos empeñamos por empeño de oír los prodigios de una garganta haciendo gorgoritos y escalas cromáticas, hay muchos que en el teatro del mundo están haciendo escalas famélicas y trinos de retortijones con los vacíos y retumbantes vientres.

Oid una escena de la comedia contemporánea.

— Chico, ¿cuánto te ha costado tu butaca?

— Diez duros me ha llevado el pícaro revendedor.

— No es cara: á mí doce.  
Llega una pobre:  
— Una limosnita por Dios.  
Los dos amigos á duo:  
— No llevo nada; Dios te ampare.  
Vase la pobre cabizbaja.  
Los amigos cabizaltos entran en el teatro.  
Ya se ve, la diosa Garganta así lo exige.  
Es diosa y hay que obedecerla y hacerla sacrificios.  
Eso es el culto.

Un *da* vale menos que un *do*.  
Un *sol* que llegue á la luna vale un mundo; un *¡pan!* que llegue al alma no vale ni dos cuartos.

El rey de la esfera desde el día de la creación está dándonos un *sol* vivificante y está entonando, templando y aun calentando y dirigiendo la orquesta de tanto planeta como baila á su compás y no nos lleva ni un cuarto.

Es verdad que es el *sol* de la mano de un Dios, y los otros *soles* de pechos humanos, por eso el que sirve es gratis y los inútiles tan caros.

Los teatros de ópera son los templos donde los pueblos se postran ante la diosa Garganta. El gargantoteísmo es la religión universal moderna.

Feliz Italia que es el grande almacén de gargantas para deleitar, pero también para devorar el mundo musical.

Italia tiene forma de una bota, pero también la tiene de una garganta, larga y estrecha como un gañote.

La forma de los países, por lo visto, se imprime en sus naturales. Italia parece una garganta y sus hijos son cantantes; España tiene la forma de piel de toro extendida y sus hijos son toreros.

Dionisio construyó una famosa oreja monumental. Hoy hemos levantado otros parecidos monumentos: los gaznates de Dionisio. En ellos se da culto á la diosa Garganta. Sus vestales de ambos sexos no han de ser vírgenes que mantengan siempre encendido el fuego sacro, sino locos que con aceite de oro sostengan siempre sonando la lámpara perpétua de la voz humana.

¿No tengo razón, visto lo visto, para desear antes que todas las grandezas la fortaleza de una garganta?

Mil veces sí.

Pero triste de mí, que solo puedo dar ese trino entre el mal y el bien que se llama vida, y esa escala descendente que desde las *agudísimas* y tenues notas del nacer conduce á la *grave* y última de la difícil escala de la existencia.

Esta nota se llama *la muerte*.

JOSE ALCALA GALIANO.

### Las fiestas de la circuncisión en Turquía.

La circuncisión prescrita por Moisés y por Mahoma es una medida higiénica que convirtieron en ley religiosa, para darla mas fuerza aquellos legisladores.

La ley musulmana ordena esta ceremonia cuando los niños han llegado á la edad de la razón, y cuando deben empezar a leer el Alcorán, lectura que debe hacerse en toda pureza de cuerpo y de espíritu.

Por orden del sultán, antes del mes de Ramazan inscriben en cada barrio el nombre de los muchachos que han cumplido la edad requerida; y desde entonces principian también á hacer los preparativos, tanto para los príncipes como para los chicos llamados á ser partícipes de la fiesta.

Para los jóvenes príncipes estos preparativos se hacen en el kiosco destinado al haren, estancia comun de las mujeres y los niños hasta la pubertad. Aquí disponen lujosamente los aposentos llenándolos de objetos propios para recrear y distraer á los mozalbetes; además, elevan un teatrillo interior destinado á su diversión particular, y otro mas espacioso en el jardín que se halla enfrente del kiosco y que puede ser visto por todas las personas del haren. Todo esto no se pone en juego como un simple entretenimiento, sino que en la ocasión presente es necesario para facilitar la operación, á la cual los chicos, de un carácter obstinado, se niegan á someterse muy á menudo, debiéndose emplear para vencerlos las diversiones y los regalos adaptados á su edad: las sombras chinecas del Karagueuz, los cantos de los músicos, los ejercicios de los bailarines y de los jugadores de manos sirven siempre útilmente para aquel fin.

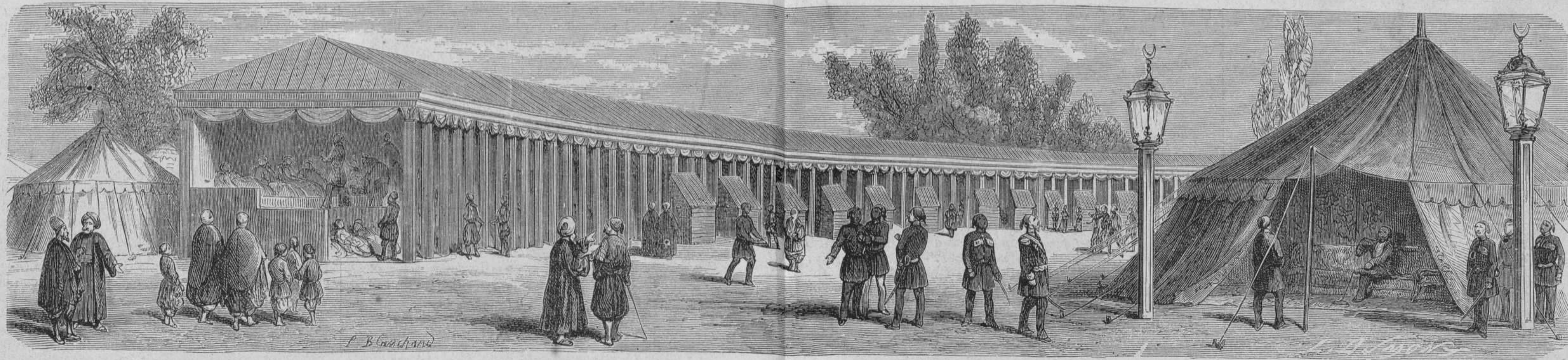
En lo concerniente á los preparativos para los hijos del pueblo, construyen en medio del llano de Haydar-Baja una larga galería dividida en diez partes, que contiene en su extensión dos tribunas cubiertas de colchones, almohadas y mantas, formando de ochocientas á novecientas camas para los muchachos; y allí también al frente de cada una de estas divisiones se alza un teatro donde hay por las noches funciones de sombras chinecas, y un poco mas allá en la llanura se elevan tablados para los juegos de volatines.

Detrás de estas galerías están las tiendas de los cirujanos. El médico mayor del imperio se halla encargado de elegir estos cirujanos, de los cuidados que se deben prodigar á los niños, y de todos los pormenores relativos á la parte higiénica de la fiesta. Cumpliendo con sus órdenes, colocan al lado de la galería de los chicos y de los lugares de las operaciones, una botica que ocupa muchas tiendas, donde hay organizado un servicio para suministrar todos los medicamentos que podría necesitar esa numerosa legión de chiquillos. Además, un servicio de quince médicos debe atender á las nece-

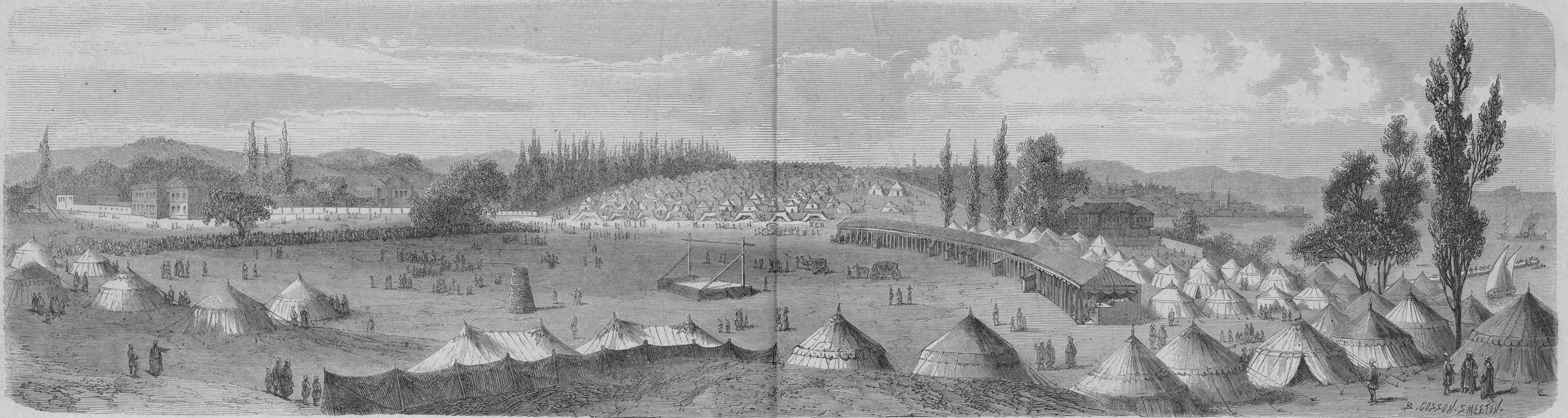
sidades de la poblacion reunida en el lugar de la fiesta. Al extremo del llano se instalan en un espacio cercado muchas cocinas de un aspecto extraño, medio tiendas y medio barracas, donde los cocineros con sus pinches, que ascienden a tres mil, preparan variados manjares para los chicos, los ministros del sultan, los funcionarios del gobierno, y las personas de toda nacion y religion convidadas a la fiesta.

Por último, al frente del desembarcadero, en la parte mas baja del llano, se plantan numerosas tiendas de todas dimensiones que sirven de cafés, y de puestecillos donde se vende pan, frutas, refrescos, etc., comitiva inevitable de todas las grandes reuniones al aire libre.

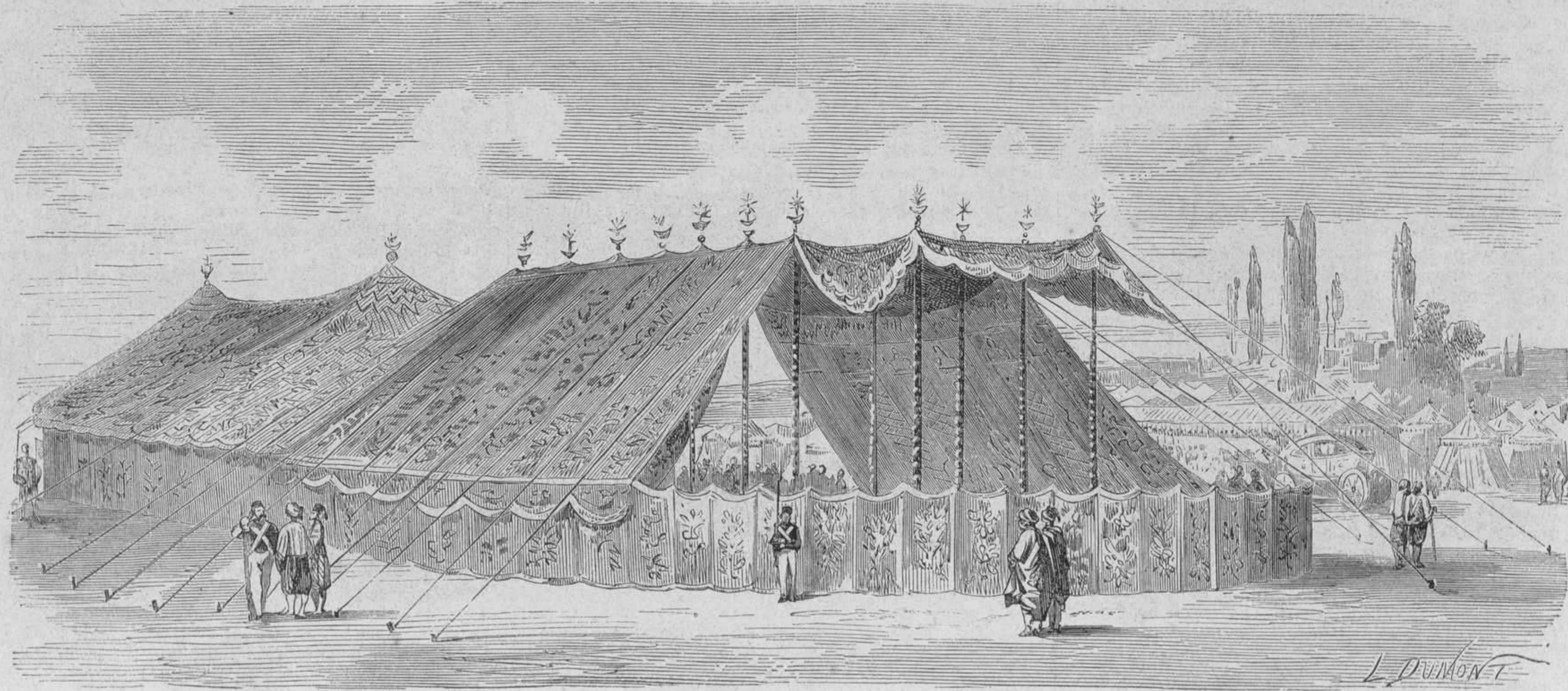
La ceremonia de la circuncision comienza al dia siguiente de la llegada. El médico mayor opera a los hijos del sultan, e inmediatamente despues los niños son llevados a la galería, donde se acuestan para tomar el descanso que su estado reclama. A cada muchacho acompaña algun pariente, padre, hermano o tio; las madres y las hermanas no pueden verlos sino desde la valla. Los chicos permanecen en la cama hasta el otro dia, sirviéndoles allí dos clases de empleados, los unos para los cuidados higiénicos, y los otros para presentarles manjares escogidos y jarabes refrescantes de calidad superior que toman cuatro veces por dia. Por la



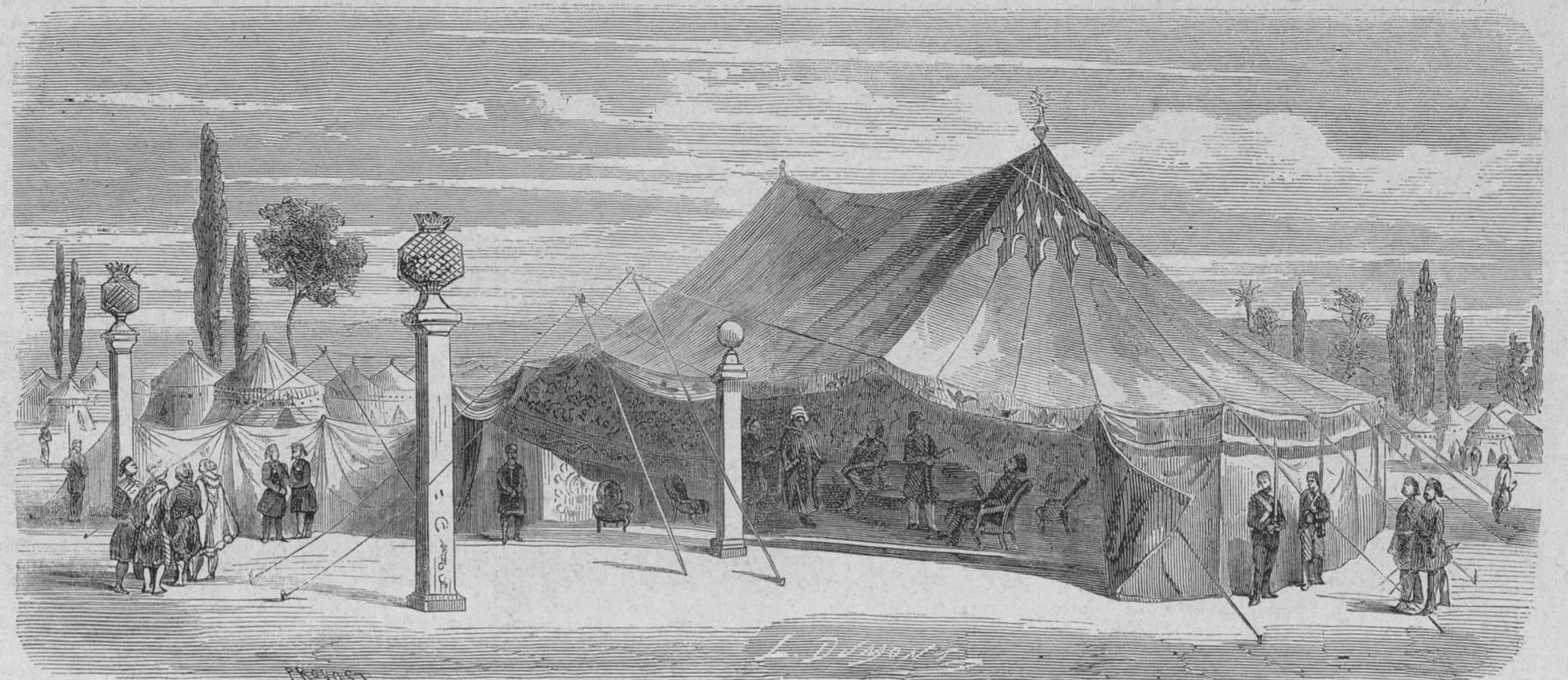
FIESTAS DE LA CIRCUNCISION EN CONSTANTINOPLE. — Galería de descanso para los chicos.



Vista general del llano de Haydar-Bajá durante las fiestas de la circuncision.



Tienda imperial.



Tienda de S. A. el gran visir.

noche, muchas iluminaciones alumbran no solo los lugares de la fiesta, sino tambien los palacios imperiales y las casas de los funcionarios; los fuegos artificiales se prolongan muchas horas, tanto en el llano como a lo largo del Bósforo, sobre pequeñas balsas en medio del mar, y todo lo restante de la noche se emplea en ver las farsas y los juegos de volatines. Finalmente, en la otra mañana, los chicos reciben cada uno un vestido completo de paño, la suma de cinco pesos en dinero, y desocupan el puesto para dar lugar a otros.

H. C.

**Paris y Londres en 1793.**

NOVELA ESCRITA EN INGLES POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

Se parecia tan poco a lo que era siempre, y exponia tan bien todo lo que habia perdido y todo lo que le quedaba aun por arrojar al viento de los excesos, que Lucia



Manette lloraba amargamente sin disimular el sentimiento de compasivo afecto que le inspiraba.

— Consolaos, le dijo Cartone; no merezo vuestras lágrimas. Antes de dos horas los innobles hábitos, los viles compañeros que desprecio y que me arrastran, me harán menos digno de vuestra compasión, que el miserable que cae en el arroyo. Pero desde el fondo del corazón, continuaré siendo para vos lo que soy ahora, lo que seré siempre. Creedlo, es la última súplica que os dirijo; no lo dudeis cuando en adelante sea lo que he sido hasta ahora.

— Os creo, balbuceó Lucía.

— Solo me resta terminar esta visita que se prolonga demasiado. ¿Qué teneis de comun conmigo? Nos separa un abismo. Quisiera sin embargo deciros aun otra cosa: es inútil, lo sé; pero sale á pesar mio de mi alma. Haré por vos todo lo que sea posible en el mundo, lo mismo que por todos los que ameis. Si mi posición fuera otra y me lo permitiera, me sacrificaría con placer por vos y por los vuestros. Recordad bien mis palabras, pensad en ellas alguna vez, y estad convencida de que encontraría una voluntad ardiente para consumir el sacrificio que pudiera seros útil. Llegará un día, y no tardará, en que nuevos lazos mas poderosos y mas suaves os atarán al hogar doméstico del que seréis la alegría y os harán la vida mas preciosa. Entonces, Lucía, cuando el rostro de un padre venturoso se incline hacia el vuestro, y vuestras hermosas facciones se vean retratadas en el hijo á quien acariciareis con vuestra sonrisa, no olvideis que existe un hombre dispuesto á daros su vida para conservar uno de los seres que tienen parte en vuestro amor.

Cartone se despidió, la bendijo por vez postrera, abrió la puerta y se alejó.

#### CAPITULO XIV.

##### UN HONRADO COMERCIANTE.

Un número infinito de objetos variados se presentaban todos los días á los ojos de Ferry Cruncher, mientras esperaba sentado en su banquillo junto á la puerta de Tellson, que le enviaban á desempeñar un recado. ¿Quién podría sentarse en el Feet-street y pasar allí el día sin quedar deslumbrado por dos inmensas procesiones, dirigiéndose la una hacia Occidente con el sol, siguiendo la otra en direccion opuesta, y desapareciendo las dos mas allá de esa línea de púrpura y oro donde el sol se oculta á vuestras miradas!

El tio Cruncher, con una paja en la boca y su hijo á su lado, miraba cómo pasaban las dos corrientes sin que pudiera esperar verlas agotadas; pero esta perspectiva no era para él muy brillante, pues se componía en gran parte de la afluencia de mujeres temerosas, casi todas de mas de cuarenta años, y que al llegar á la acera de la casa Tellson y compañía, trataban de dirigirse á la acera opuesta. Por breve que fuera este trayecto, el tio Cruncher tenia tiempo suficiente para interesarse por las transeúntes y dirigirles algunas flores, y muchas veces algunas de estas mujeres le escuchaban con benevolencia y hasta le convidaban á echar un trago en la taberna inmediata, lo cual formaba una parte de sus gajes.

Hubo una época en que cierto poeta iba á sentarse en la plaza pública en donde se entregaba á sus meditaciones á la vista de los transeúntes. El buen Ferry Cruncher, sentado tambien en un paraje público, pero sin ser poeta, se entregaba á sus meditaciones y miraba en torno suyo.

En el momento en que tenían lugar las escenas que vamos relatando, reinaba la estacion en que son escasos los transeúntes, y apenas cruzan las calles las mujeres que se enternecen con los galanteos, y los negocios de Ferry iban bastante mal para que sospechase que su esposa le indisponia con el cielo, cuando llamó su atención una turba que se dirigia hacia Occidente con estrepitoso clamoreo. No tardó en ver que era un cortejo fúnebre, y que aquellos funerales excitaban una oposición popular, la cual era causa de los gritos que llegaban hasta su oído.

— Es un entierro, Ferry, dijo el tio Cruncher á su hijo.

— ¡Me alegro! dijo el muchacho dando á su exclamación de triunfo una significación misteriosa.

Pero el tio Cruncher lo tomó á mal, y dando un bofetón al muchacho, le dijo:

— ¿Qué es eso, picaró? que te oiga hablar otra vez de ese modo, y sabrás quién soy yo. Este muchacho se va haciendo muy astuto, añadió en voz baja mirando al soslayo á su hijo.

— ¿En qué he faltado diciéndote que me alegraba? repuso el pilluelo frotándose la megilla.

— ¡Silencio! No me gustan los niños respondones. Mira y calla.

El hijo obedeció, y el cortejo fué acercándose á la casa de Tellson.

La multitud gritaba y silbaba en torno de un coche fúnebre donde se veía un ataúd que acompañaba tan solo un planidero vestido de negro, como lo exigia su cargo. El desdichado se esforzaba, lleno de inquietud, en ocultarse á las miradas de la canalla que le hacia horribles muecas, y unia al grito de: «¡Abajo los espías!» una granizada de insultos demasiado enérgicos para ser repetidos.

El tio Cruncher tenia una afición loca en todas las estacionaciones por los entierros, y desde el momento que veía uno se animaba de una manera extraordinaria. Figúrese

pues el lector cuál sería su impaciencia cuando vió aquel bullicioso cortejo.

— ¿Qué es eso? preguntó á un transeúnte.

— No lo sé, respondió este dando un penetrante silbido. ¡Abajo los espías!

— ¿Quién es el muerto? preguntó á otro.

— No lo sé, respondió este otro, que haciéndose una bocina con las manos, gritó con furor: ¡Abajo los espías! ¡Abajo los espías!

Finalmente, Cruncher supo que era el entierro de un tal Roger Cly.

— ¿Era espía? preguntó al que le habia enterado del asunto.

— Un espía de Old-Bailey, respondió este.

— Yo le conocía, yo le he visto... y no recuerdo dónde. ¡Ah! sí... sí; ya caigo, añadió Ferry acordándose del proceso de Carlos Darnay. ¿Con que ha muerto?

— Muerto y muy muerto. ¡Abajo los espías! ¡Al arroyo los espías! ¡Arrastrarlo! ¡Arrastrarlo!

A falta de otra idea, esta pareció tan admisible, que la turba se arrojó sobre el coche fúnebre y sobre el que representaba y presidia á un tiempo el duelo.

El buen hombre se vió frente á frente de sus adversarios cuando estos pararon el coche y abrieron bruscamente la portezuela; pero como era audaz y ligero de piés, hizo tan buen uso de su agilidad, que en menos de un minuto llegó á una calle transversal despues de arrojar el crespon, el sombrero, el pañuelo y demás emblemas de su simbólico cargo. Todo esto fué hecho pedazos y arrojado á lo lejos, en tanto que los mercaderes cerraban las tiendas á toda prisa, porque la turba era en aquella época un monstruo formidable.

Los mas osados habian subido al coche mortuario y se disponian á apoderarse del ataúd sin saber lo que iban á hacer de él, cuando uno de los jefes del motín propuso que se dejase al difunto en su sitio y se le acompañase á su última morada en medio de aclamaciones generales. Esta idea práctica fué acogida con entusiasmo, y subieron al coche del duelo ocho personas, además de tres ó cuatro pilluelos que se encaramaron al pescante, en tanto que el coche mortuario recibia todos los individuos que podian encaramarse á él ó sostenerse de cualquier modo.

Uno de los mas entusiastas por formar parte del cortejo era Ferry Cruncher, que se ocultaba modestamente en el interior del coche para que no le viera alguno de los empleados de la casa de Tellson.

Los directores oficiales del entierro trataron de alzar la voz contra este cambio de ceremonial; pero el Tamesis estaba muy cerca, y diversas observaciones acerca del excelente efecto de los baños de rio hicieron cesar las protestas que por otra parte no eran muy vivas, de modo que el cortejo siguió su marcha.

Un deshollinador, auxiliado del cochero verdadero, que por este motivo habia sido colocado á su lado, conducia el carruaje del duelo, en tanto que un marmiton, igualmente provisto de las lucas y la experiencia del conductor oficial, guiaba el coche fúnebre.

Algunos instantes despues se agregó al cortejo un barquero, dueño de un oso muy conocido en la Cité, y su animal, cuyo pelaje negro y sucio parecia sacado de los almacenes de la oficina mortuoria, fué la única figura formal que se encontraba entre la multitud.

El desordenado cortejo siguió su marcha bebiendo, fumando, cantando, parodiando los lamentos y aumentando cada vez mas, hacia una antigua iglesia construida extramuros y dedicada á San Pancracio. Con el tiempo llegó al término de su viaje, forzó las puertas del cementerio, y acabó por enterrar al difunto á su gusto y con alegre algazara.

Como la turba, despues de disponer del muerto, tenia necesidad de nueva diversion, uno de sus mas ingeniosos individuos, tal vez el que la habia inspirado antes, concibió la chistosa idea de apoderarse de los transeúntes, acusarlos de espías de Old-Bailey y tratarlos como tales. Apenas se difundió tan luminosa idea, cuando unas veinte personas, que ni de vista conocian tal vez la antigua cárcel, fueron detenidas y maltratadas.

De esta diversion al saqueo de las tabernas la transición era tan natural como fácil, y hacia ya algunas horas que los belicosos amotinadores arrancaban rejas para convertirlas en armas y forzaban puertas, cuando corrió el rumor de que se acercaba una patrulla, y la multitud se dispersó como por encanto.

¿Llegó ó no la patrulla? No podremos asegurarlo, porque nadie estaba allí para verlo.

Ferry Cruncher, digámoslo en su elogio, no habia tomado parte en la diversion final. Despues del entierro del cadáver, se quedó en el cementerio lamentando los excesos de la multitud delante de los conductores de los coches, y como le gustaba sin duda contemplar aquella morada de descanso, encendió la pipa y examinó las paredes y las puertas con una atención digna de un arquitecto.

— Has visto á ese Roger Cly, dijo hablando para sí, le has visto con tus propios ojos, y recuerdas que era jóven, robusto y bien formado.

Meditó por algunos momentos, y se alejó para llegar á la puerta de Tellson cuando cerrasen el despacho; pero sea que sus meditaciones hubieran excitado su bilis, sea que hacia algunos dias estuviera descontento de su salud, ó que no tuviese otra intencion que la de presentar sus respetos á un hombre de mérito, entró al volver en casa de su médico, que era uno de los operadores mas distinguidos de Londres.

El hijo de Cruncher entregó al autor de sus dias el puesto que interinamente ocupaba hacia algunas horas, declarando sin embargo que no habia producido ningun

beneficio desde la ausencia del propietario. No tardaron en salir los vetustos dependientes, se cerró el despacho, y los dos Ferry, padre é hijo, entraron en su casa para tomar el té.

— Sé dónde está, dijo al entrar el tio Cruncher á su esposa, y si por desgracia se frustra el negocio, tendrás tú la culpa, porque estaré seguro de que has excitado al cielo contra mí, tan seguro como si lo hubiera visto.

La pobre mujer movió la cabeza con desaliento.

— ¿Te atreves á hacerlo en mis barbas? repuso el tiránico Cruncher con cierta inquietud.

— No he dicho nada.

— No dices nada, pero piensas al menos, y si es contra mí, lo mismo me da que sea de una manera que de otra. No quiero rezos ni meditaciones. ¿Oyes?

— Sí, Ferry.

— ¡Qué contestación! dijo Cruncher sentándose delante de su taza. Sí, Ferry; eso es muy fácil de decir.

El marido no daba á estas palabras ninguna significación particular; era únicamente una manera ironica de expresar su mal humor, como hacen otros muchos maridos en iguales circunstancias.

— Te creo, continuó tragando con esfuerzo un bocado de torta, te creo; haces bien en no decir no.

— ¿Saldrás esta noche? preguntó tímidamente su mujer cuando Cruncher acabó de engullirse otro bocado.

— Sí, saldré.

— ¿Quereis que os acompañe? dijo el muchacho acercándose á su padre.

— No, no puedes venir; tu madre lo sabe muy bien. Voy á pescar.

— ¿A pescar? ¿Cómo vais á pescar si teneis la caña rota y sin punta los anzuelos?

— Eso no es cuenta tuya.

— ¿Traereis pescado?

— ¡Quién sabe! Si la pesca no es buena, la comida será corta mañana, dijo el padre moviendo la cabeza. Y chiton, que no me gustan las preguntas.

Durante todo el resto de la velada el tio Cruncher tuvo los ojos clavados en su mujer, y la obligó á tomar parte en la conversacion para impedir que rogase al cielo contra el buen éxito de su empresa. Mandó á su hijo que le secundase en sus esfuerzos, y atormentó cruelmente á la pobre mujer insistiendo en las faltas que podia reprenderle y no queriendo dejarla un minuto de reflexion. El tio Cruncher se parecia á un indiferente que no creyese en el alma y tuviera miedo á los duendes.

— Recuerda bien lo que voy á decirte, continuó Cruncher; mañana has de obedecerme, pues de lo contrario me oirán los sordos. Si me favorece la suerte, y traigo un pedazo de carne, quiero que comas, y no me des por excusa que te basta el pan seco, y si, como honrado comerciante, puedo comprar cerveza, no me vengas con la sempiterna cantinela de que solo bebes agua. Cuando vayais á Roma seguid la costumbre de Roma, y yo soy para ti Roma y la costumbre. Cuando pienso en la tenacidad con que desprecias el origen de nuestro sustento, me admiro de que no hayamos ido á parar al cementerio de hambre, mujer sin corazón. Contempla á tu hijo, y mira qué flaco está y acabado. Ahora bien, el primer deber de una madre es engordar á sus hijos.

Conmovido el muchacho con estas palabras que le interesaban en su sentido mas directo, suplicó á su madre que cumpliera con un deber tan imperioso.

Así trascurrieron algunas horas hasta que el niño Ferry fué á acostarse. Su madre, invitada en términos nada corteses á imitar su ejemplo, no tardó en obedecer, y el jefe de la familia fumó varias pipas hasta el momento de ponerse en camino para su expedición.

A la una menos cuarto se levantó, abrió un almarion y sacó un saco, una azada, una palanca de hierro, una cuerda, una cadena y diversos instrumentos de la misma clase.

Cuando se cargó con destreza estos objetos, miró á su esposa con inquietud, apagó la luz y salió de casa.

El muchacho, que no dormía y se habia acostado vestido, se levantó tambien y siguió á su padre. A favor de las tinieblas bajó la escalera, cruzó el patio y se encontró en la calle sin cuidarse de saber cómo volveria; la casa estaba llena de inquilinos, y ni aun por la noche se cerraba la puerta. Impelido por el noble deseo de averiguar y estudiar la profesion de su padre, el muchacho se deslizó á lo largo de las paredes y no perdió de vista al honrado comerciante, el cual se dirigió hacia el Norte y no tardó en reunirse con otro discípulo de Isaac Walton.

Los dos pescadores seguian juntos su camino, y media hora despues habian burlado la vigilancia del último watchman y se encontraban en un camino solitario. Reunióse con ellos otro pescador, y lo verificó con tanta rapidez y con tan poco ruido, que parecia que uno de los dos se habia duplicado.

Los tres pescadores, seguidos del pilluelo, se pararon debajo de una pared de ladrillos que terminaba en una verja de hierro.

La pared tenia unos ocho ó diez piés de elevación.

Lo primero que llamó la atención del muchacho, que estaba tendido boca abajo en el suelo para permanecer en la sombra, fué la figura de su honrado padre, que escalaba la verja; los otros dos le siguieron, y despues de detenerse un momento sin duda para escuchar, se arrastraron sobre las manos y las rodillas.

El muchacho se acercó entonces á la verja.

Cuando se hubo encaramado, reprimió el aliento, se acurrucó en un rincón, y mirando al través de los barrotes, vió á los tres hombres arrastrarse por la yerba de un cementerio cuyas tumbas, vagamente alumbradas

por la luna, parecían una legión de fantasmas dominadas por la iglesia, parecida también al espectro de un gigante monstruoso. Cuando llegaron al sitio que buscaban, los tres hombres se pusieron en pie y empezaron a pescar con la azada, asombrando al pilluelo con el celo que desplegaban en aquella pesca tan misteriosa.

Los campanarios de la ciudad hicieron oír entonces su voz de metal que anunciaba las dos, y el niño huyó aterrado; pero el deseo que tenía hacia tanto tiempo de averiguar la profesión nocturna de su padre, le detuvo y le hizo volver atrás.

Cuando el muchacho se colocó otra vez en su observatorio, los tres hombres continuaban pescando con ardor, y parecía que habían dado con un pescado muy importante, porque estaban inclinados sobre el borde de la huesa, y atraían con fuerza un objeto pesado que apareció por fin en la superficie de la tierra.

Aunque el muchacho adivinó qué objeto era aquel, el espectáculo era tan nuevo é inesperado, que cuando vio que su padre se disponía a abrir el ataúd, fué tal su terror que huyó precipitadamente sin detenerse hasta haber corrido más de una milla. A no ser por la necesidad de tomar aliento, es probable que no hubiera cesado de correr hasta llegar á su casa.

El desdichado creía que le perseguía el ataúd; le veía continuamente á pocos pasos, que le alcanzaba, que le cogía por el brazo, y al mismo tiempo, á impulso del miedo que ponía ojos en todo su cuerpo, el infernal ataúd saltaba delante de él, salía de los caminos, de las alamedas, de las calles, de los rincones, detrás de las esquinas, tropezaba con las puertas, rozaba con las paredes, y tomando una forma humana parecía encogerse de hombros y hacer muecas en la sombra. El pobre niño tenía razón de creerse medio muerto cuando llegó á la puerta de su casa; pero el odioso ataúd le perseguía aun, subió por la escalera, entró en su cuarto, se colocó entre las sábanas, y dando el último salto, volvió á caer sobre el pecho del muchacho cuando este cerró los ojos.

Al amanecer despertó de su pesadilla con las voces que daba su padre en el aposento inmediato. La empresa había tenido mal éxito; así lo presumió al menos el muchacho cuando vio al tío Cruncher que arrastraba á su mujer por las orejas y le decía:

— Quien me la hace me la paga.

— ¡Ferry! exclamaba la infeliz con voz suplicante.

— ¿Porqué te empeñas en hacer frustrar todas mis empresas? ¿Quieres mi ruina y la de mis socios? Tu deber es respetarme y obedecerme... ¿No lo sabes?

— Hago todos los esfuerzos para ser buena esposa, respondió ella llorando.

— ¿Es ser buena esposa impedir que me gane la vida? ¿es honrarme el despreciar mi comercio? ¿es obedecerme el poner obstáculos á todas mis empresas? Sin embargo, habías jurado ser sumisa y respetuosa.

— En aquella época, Ferry, no tenías aun ese horrible oficio.

— ¿Y qué te importa? Bastante tienes que hacer con tus obligaciones para que te mezcles de lo que hago ó no hago. Una mujer que cumple como es debido con sus deberes no se ocupa del oficio de su marido. Dices que eres devota, y preferiría otra que no lo fuese. Tanto caso haces de tus deberes como la piedra de un palo, y veo que se necesita un martillo para hacer que penetre en tu cabeza el sentimiento de tus obligaciones.

Después de esta filípica pronunciada en voz baja, el honrado comerciante se quitó las botas llenas de barro hasta media pierna, se reclinó en el suelo, y apoyando la cabeza en sus manos manchadas de tierra y orin, no tardó en quedarse profundamente dormido.

No hubo pescado para el almuerzo, que fué excesivamente frugal.

El tío Cruncher estaba de tan pésimo humor, que puso á un lado la cobertera de la marmita para arrojarla á la cabeza á su pobre mujer, si ésta manifestaba la menor tendencia á provocar sus iras.

Se lavó, cepilló y vistió sin embargo como lo hacía todos los días, y salió de casa para ir á ocupar su puesto en la puerta de Tellstone.

El muchacho seguía á su padre con el banquillo debajo del brazo en medio de los transeúntes que inundaban las calles, pero se distinguía sobremanera del pilluelo aterrado que la noche anterior corría entre las sombras perseguido por un fantasma. La claridad del día le había restituido su malicioso descaro, sus terrores se habían desvanecido al mismo tiempo que las tinieblas, y es probable que bajo este doble punto de vista no dejaba de tener compañeros en la buena ciudad de Londres.

— Padre, dijo el astuto muchacho colocándose á respetuosa distancia del autor de sus días y escudándose con el banquillo, ¿qué es un desenterrador?

— ¿Qué sé yo? dijo Cruncher parándose en la acera.

— Creía que lo sabías todo, repuso el muchacho.

— Un desenterrador, respondió Ferry Cruncher quitándose el sombrero para dar más libertad á sus cabellos, es un comerciante como otro cualquiera.

— ¿Qué género de comercio hace?

— Un comercio... de objetos artísticos, dijo Cruncher rascándose la cabeza.

— Vende cadáveres ¿no es verdad? continuó el pilluelo.

— Tal vez.

— Padre, cuando sea grande me haré desenterrador.

El tío Cruncher, aunque lisonjeado con el deseo de su heredero, movió la cabeza como los moralistas, y dijo con tono sentencioso:

— Eso dependerá de tus disposiciones y del desar-

rollo que sepas darles. Es preciso que cultives tu inteligencia y tengas cuidado de no hablar con nadie sino para decir las cosas verdaderamente indispensables. En cuanto á la destreza que exige ese comercio, veo desde ahora que eres apto para desempeñarlo dignamente.

El muchacho, encantado con este elogio paternal, corrió á colocar el banquillo junto á la puerta de la casa de Tellstone y compañía, mientras su padre decía para sí:

— Ferry, honrado comerciante, puedes esperar que tu hijo será el consuelo de tu ancianidad y te indemnizará de lo que te hace padecer su desnaturalizada madre.

(Se continuará.)

## La Birmania.

(Segundo artículo. — Véase el número 573.)

AMARAPOURA Y PAGAN.

Hemos visto en el primer artículo sobre la Birmania cual es el despotismo caprichoso que gobierna este bello país. El soberano actual pensando que si cambiaba de residencia, su reinado sería más feliz que el de su predecesor, había ordenado el completo abandono de la capital del rey, y ha sido la tercera ó cuarta vez que los soberanos de Ava, bajo el más fútil pretexto, han exigido la mudanza de sus súbditos. Así ha nacido la ciudad de Mandelay y Amarapoura ha quedado desocupada, al menos en parte. El capitán Yule que ha visitado el reino de Ava y que se detuvo en Amarapoura cuando era su capital, da los siguientes pormenores en su obra titulada: *Narrative of the mission to the court of Ava*.

Amarapoura significa en pali, la *Ciudad de los Inmortales*, y fué fundada por el rey que conocemos con el nombre de Mentaragyi-Phra, cuarto hijo del valeroso Alompra, el padre de la dinastía reinante. Hasta entonces, esto es, desde hace cuatro siglos, salvo cortos intervalos, la ciudad de Ava había sido la residencia del gobierno. El rey á que nos referimos tomó posesión de su nueva capital y de su palacio nuevo de Amarapoura el 10 de mayo de 1783. Mentaragyi al cabo de un reinado de treinta y ocho años murió en 1819, y su nieto que le sucedió, levantó nuevamente el palacio de Ava. En 1837 el hermano del rey, príncipe de Tharauadi, se apoderó de la corona, y entonces se volvió á Amarapoura, que fué vuelta á dejar en 1822. Este abandono se consideró como de mal agüero, y los indígenas supersticiosos atribuyen á esta medida las calamidades de la guerra de 1824 á 1826 contra los ingleses. Los cambios tan frecuentes de capital efectuados en el reino de Ava ponen en confusión á los geógrafos europeos, que buscan ante todo la exactitud; uno de ellos en su *Gazetteer of India*, basado en la relación de Crawford, da como capital del país una ciudad, que según M. Yule, no es más que un desierto hace veinte años. Por esto cuando hablamos de Amarapoura se sobreentiende que tratamos de la ciudad tal como se hallaba cuando fué visitada por el capitán Yule, ciudad que el capricho de un soberano volverá á poblar sobre su antiguo pie, dentro de algunos años, de algunos meses ó de algunas semanas.

Amarapoura se encuentra sobre una cuesta que en tiempo de lluvias y cuando crece el Irawaddy forma una larga península unida á la tierra firme por el lado del Norte. Puentes de madera muy largos y calzadas de ladrillos la ponen en comunicación con los lados Este, Sur y sudoeste. La población forma un cuadrado perfecto que se extiende sobre la parte más ancha de la península. Esta forma cuadrada es común á todos los pueblos de la Birmania, y proviene sin duda de alguna antigua tradición; pues con efecto, en los libros búddhicos, el *Trayastrinska*, morada del dios Indra y de los treinta y dos Dewas, es una gran plaza con el palacio en el centro. Lo mismo se puede decir de Amarapoura, donde el palacio ocupa el centro de la ciudad. Esta se halla rodeada de un recinto de ladrillo con parapeto almenado y fortificaciones de tierra; la muralla, naturalmente cuadrada, tiene en cada una de sus cuatro caras tres puertas, y está flanqueada con once ó trece bastiones. Además, un foso de seis metros de profundidad, también fortificado, se extiende á una distancia de treinta metros de la muralla. Todas estas defensas son de ladrillo. En el interior del recinto hay trazadas calles paralelas á los cuatro lados de la muralla, que van de una parte á otra y dividen la ciudad en islotes cortados á ángulo recto. Estas calles son espaciosas y están bastante limpias en la estación seca; pero cuando llueve ciertos barrios se convierten en verdaderos pantanos. Es cierto que no se toma ninguna disposición para la limpieza de la vía pública; los perros se encargan de hacer desaparecer las inmundicias como en varias ciudades de Oriente. Por lo demás, el aire circula libremente á causa de la anchura de las calles, y no dominan allí esos olores nauseabundos que se advierten en muchas poblaciones de la India.

Las casas son de bambú por lo general, y se levantan sobre el suelo por medio de estacas. A lo largo de las vías principales y á poca distancia de las habitaciones, hay una empalizada formada de un enrejado bastante elegante, blanqueada con cal y adornada con tientos de flores; esta empalizada, que se llama del rey (*Yaja-mat*), se pone con el fin de tener apartada á la muchedumbre cuando pasa el rey, y hasta para impedir

á los curiosos que miren al soberano, pues entre los birmanes, según la expresión del capitán Yule, «no se halla bien establecido aun el derecho que tiene un gato para mirar al rey.» Esta disposición de las casas presenta el inconveniente de ocultar las tiendas y su contenido, lo que constituye siempre la curiosidad principal de un extranjero; la ciudad pierde su aspecto pintoresco y parece una población desierta.

El rey, á quien no se puede mirar frente á frente, habita un palacio por el lado de Oriente, no lejos de la muralla. La parte más importante del edificio es el *Mye-Nan*, el *gran salón de recepción* elevado sobre un terrado de ladrillos de 3 metros de alto y 80 de largo; en su fachada se destacan tres torrecillas, y sobre las alas hay pequeñas columnas que sostienen una doble techumbre al estilo de las construcciones birmanas. Esta es toda de madera dorada. En el centro del edificio una galería de 18 á 20 metros encierra en su extremo el trono real. Por encima del trono se eleva una torre piramidal de madera compuesta de ocho pisos que van disminuyendo hasta arriba. Es el *Phya-Sath*, parecido á las torrecillas que coronan sus edificios religiosos, y que ofrece en su punta el *Htee* dorado, adorno reservado para la morada de los reyes y para los templos búddhicos. Los arquitectos birmanos han debido calcular bien sus medidas para que esta torre ocupe exactamente el centro del palacio, así como el palacio es el punto céntrico de la ciudad.

En torno de la residencia real se ven agrupadas las habitaciones de los oficiales y demás dignatarios agregados á la persona del soberano, y en este número está comprendido el palacio de Su Señoría el Elefante blanco. Los elefantes más comunes viven no lejos de allí, pero no disfrutan de los mismos favores y privilegios que su compañero, el cual tiene rentas particulares que le están asignadas como á los primeros funcionarios del imperio. Uno de estos animales favoritos tuvo durante largo tiempo su *mayorazgo* en el distrito de Taruk-Myo, que es riquísimo en algodón. Las rentas del elefante blanco no pueden ser enajenadas; y sin embargo, una vez el gobierno se apoderó de ellas, porque estaba sin recursos y tenía precisión de pagar la indemnización fijada por el tratado de Yandabo. En un memorial escrito de puño y letra del rey sobre una hoja de palmera y que fué presentado respetuosamente á Su Señoría, se suplicaba á este no se formalizara con aquella medida temporal, en razón á que al cabo de dos meses le sería devuelta la suma con los réditos.

Además de su patrimonio, el elefante tiene derecho á cuatro sombrillas de oro (las blancas están reservadas para el rey), y á treinta criados para su persona: á mayor abundamiento le está consagrado especialmente un *woun* ó ministro de Estado. Al entrar en el palacio de este abultado personaje, los birmanes se despojan del calzado.

El capitán Yule no indica la cifra de la población de Amarapoura. Según Allan, el número de las casas construidas en el recinto de las murallas era de 5,334, lo que suponía una población de 26,670 almas; comprendiendo sus vastos arrabales, se llega á un total de 17,659 casas y de 90,000 habitantes. Uno de los oficiales del rey decía al viajero inglés, que el número de habitantes era de 10,000,000; y es exacto, añadía, pues corresponde al de las piezas de tela que el rey entregó á cada hombre, mujer y chico en sus Estados cuando su advenimiento. Igual incertidumbre existe sobre el número de la población de todo el reino. Se supone que antiguamente, en tiempos de su esplendor, el imperio de los birmanes contaba 17,000,000 de súbditos. Según el censo de 1826, el Birman propiamente dicho, no encerraba más de 1,831,487 habitantes; pero es de advertir que se hizo este censo después de una guerra que quitó muchas provincias. Con los Estados dependientes se dice que cuenta hoy 3,600,000 almas.

La religión de los birmanes es el budhismo; y la divinidad á que rinden homenaje es Godama ó Gotama, Gautama en sanscrito. Gotama es la última encarnación de Buddha. La doctrina del budhismo y la disciplina monástica se conservan entre los birmanes con más pureza que en las otras comarcas de la India. En cuanto á la práctica de la religión no difiere de la de Ceilan, Siam y el Cambodge. Los birmanes despliegan todo su lujo para adornar los templos y pagodas que dedican á Buddha. Los templos elevados cerca de la capilla ó nicho que encierra la estatua colosal de Gotama, conocida con el nombre de *ídolo de Aracan*, pues proviene de esa comarca que los birmanes debieron ceder á los ingleses, son obras maestras de escultura rica y delicada. Para llegar á esos templos se atraviesa el *Ye-nan-dan*, palacio de verano donde los reyes birmanes asistían en otro tiempo á brillantes regatas, diversion que ha caído en desuso desde que el imperio perdió sus provincias marítimas, hoy en poder de los ingleses. Producen un efecto mágico esos dos templos, *Maha-Tootut-Bounggyo* y *Maha-Ocmije-Peima* con sus techumbres sobrepuestas, sus balcones trabajados como finísimo encaje, sus pilares adornados con dragones, sus rampas pintorescas y sus placas doradas que resplandecen y chispean á los rayos del sol. La estatua de Gotama de tres metros de altura, acurrucada sobre un *raja-palen* ó trono, atraen una muchedumbre de fieles que dejan sobre su rostro y sobre todo su cuerpo hojas de oro á guisa de ofrenda. Así es que no conserva ya forma ninguna.

Pero no hay parte alguna donde se vean tantos templos y pagodas como en la ciudad, ó mejor dicho, el necrópolo de Pagan. Efectivamente, la ciudad está deshabitada hace muchos siglos, y solo ofrece el aspecto de un museo de ruinas, ruinas grandiosas, singulares,

LA COMEDIA CASERA EN PARIS. — Caricaturas por Cham.



— Tengo buenas recomendaciones para entrar al servicio de la señora condesa. — No es esa la cuestión; ¿tienes buena memoria? En mi casa se representan comedias.



¡Qué suerte! Mi esposa acaba de dar á luz un muchacho con la nariz del gracioso del Palacio Real. Podremos representar un repertorio escogido.



¡Diantre! Desde que mi casa se ha convertido en teatro, maldito si sé á qué atenerme. Un mozalbete á los piés de mi hija; ¿es comedia ó no es comedia?



— ¿Y es ese el traje de sociedad que te has hecho? — Seguramente, puesto que en la sociedad todo se vuelven comedias.



El gracioso del Palacio Real convertido en hombre de mundo, desde que el hombre de mundo se ha convertido en cómico.



¡Yo que tenia mi sala tan bien puesta, verla ahora con esta decoracion! ¿Cuánto tiempo voy á vivir en medio de la selva?



— Amigo mio, la cocinera tiene razon, no hay teatro sin bombero, y nos hace aquí falta uno, ya que vamos á representar comedias.



Cuidado, caballero; hay funcion [esta noche, y todo el salon está trastornado con la tramoya.



¡Ay! ¡Dios mio! ¡No sé adónde estoy de mi papel, y el público bosteza!



Los vendedores de periódicos, caramelos y naranjas de los teatros de Paris, invadiendo los salones, con el correspondiente permiso, para completar la ilusion de la comedia casera.

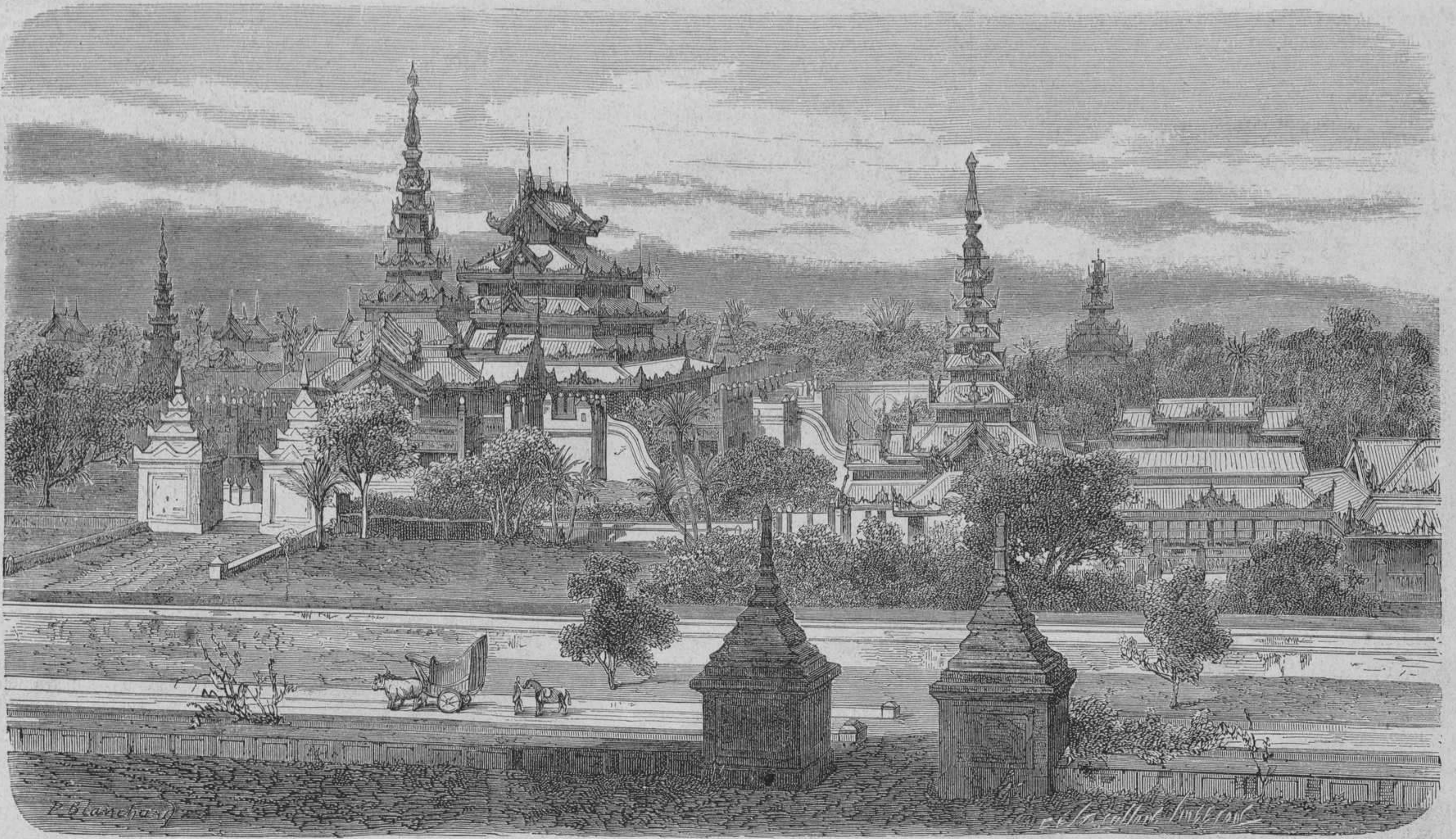


La criada voceando los refrescos lo mismo que en los teatros de Paris, y avergonzando con su gritería al ama de la casa



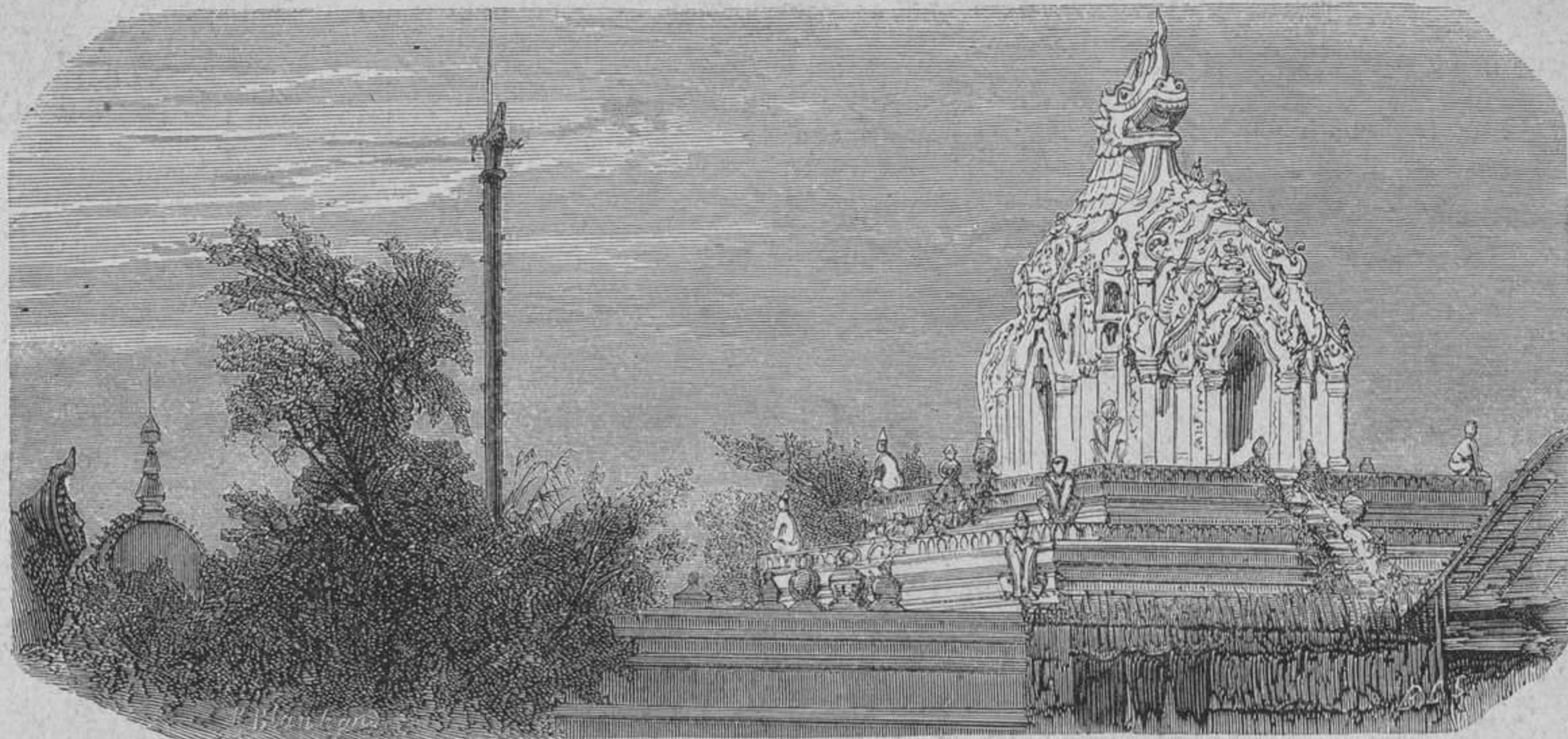
— ¡Catalina! ¿Qué significa eso de tutear al amo? — ¡Ay! señor, desde que le he visto á Vd. con librea en la comedia, siempre me figuro que es usted nuestro lacayo.

*Cham*



BIRMANIA. — Amarapoura, monasterio edificado por el ex-rey cerca de Mandelay para el patriarca buddhista.

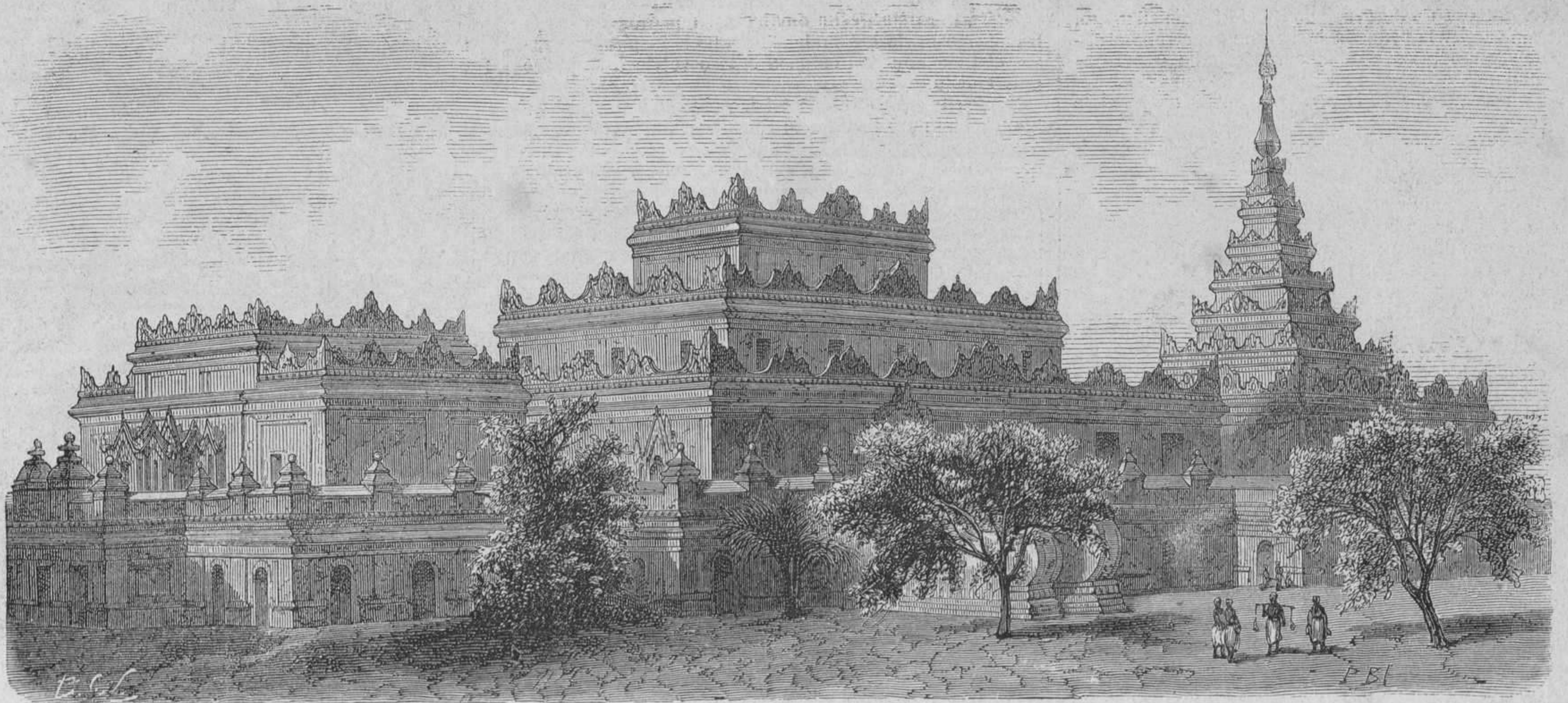
que llenan el alma del viajero de sorpresa y de admiración. Cuéntanse allí sobre ocho mil edificios religiosos, entre los cuales varios de los mas importantes han sufrido reparaciones urgentes. Pagan, que se divide en dos ciudades (la moderna, *Neundoh*, viva y animada), se extiende sobre las orillas del Irawaddy, donde ocupa un espacio de 13 kilómetros de largo sobre 3 de ancho. Se asegura que la ciudad antigua fué capital del imperio por espacio de muchos miles de años, y en cuanto a su origen, está perdido en la noche de los tiempos. Las crónicas birmanas dicen que Pagan se fundó en el año 107, pero aquí se trata sin duda de la parte



Pagoda del Dragon en el camino de Pagan á Amarapoura.

conocida con el nombre de *Upper Pagan* (Pagan superior); la ciudad cuyas ruinas se visitan hoy está mas abajo, y su fundacion debe remontar á 847 ú 849. Pagan fué destruida enteramente por los chinos en 1284, á consecuencia de una invasion que debe ser la mencionada por Marco Polo. Otras crónicas afirman que los chinos pusieron en marcha para esta expedicion 20.000.000 de infantes y 6.000.000 de jinetes.

Los tres templos principales de Pagan que han sido restaurados y que atraen aun en el dia á muchos peregrinos, son el *Ananda* (año de construccion desconocido), el *Thapinyu*, edificado en 1100, y



Monumento de ladrillo edificado por un antiguo gobernador de Amarapoura.

el *Gaudapalen*, en 1160. Estos edificios cubiertos con cúpulas y cuyo conjunto figura una cruz, se levantaron sobre el mismo modelo con corta diferencia. Los demás monumentos religiosos de Pagan afectan todas las formas imaginables, desde la campana, hasta el huevo y la calabaza; al ver estos últimos, dice M. Yule, se diría que han sido dirigidos por arquitectos del mundo lunar.

G. D.

### Un amor inalterable.

#### I.

El 15 de junio de 1848 salieron muy de mañana de la villa de Lanmeur un labrador y una joven, encaminándose al pueblecillo de Saint-Jean-du-Doigt, á algunas leguas de allí á la orilla del mar.

Serian las siete.

El día prometía ser magnífico; el cielo extendía por encima de sus cabezas un brillante color azul, ornado de blancas nubes; el sol mostraba sus rayos detrás de las lejanas montañas; el fresco céfiro de la mañana encorbaba los árboles en flor, y esparcía por el camino las olorosas gotas que el rocío acababa de verter en ellos. Por todas partes reinaba la calma, la paz, una especie de piadoso recogimiento, mezclado de dulces é inefables estremecimientos; parecía que la tierra, medio adormecida todavía, luchaba suspirando con los últimos destellos de la noche, y murmuraba dulcemente una plegaria al Dios del día.

El campesino llevaba el traje breton en su austera sencillez: el sombrero redondo de anchas alas, la chaqueta de paño negro, el largo chaleco pardo, el cinturón de diversos colores, el pantalón largo y flotante, las polainas de cuero y los zapatos claveteados.

Era alto y fuerte, robusto y nervioso; fumaba en una pipa ordinaria y se apoyaba en un enorme *peu-bas*, ese rudo instrumento de la *vendette* bretona.

Este hombre podía tener unos cincuenta años, pero estaba aun ágil; su rostro, que recordaba por su óvalo anguloso el tipo primitivo de los kimris, presentaba un brillante sello de firmeza y ardor; lucía en su mirada tanto fuego y había en su porte tanta actividad, que apenas se le hubiesen echado cuarenta años.

En el país le llamaban *el padre Tanneguy*, y era el último descendiente de la familia de los Tanneguy-Duchatel.

La joven que le seguía era su hija: se llamaba Margait, que en breton quiere decir Margarita.

Margarita tenía diez y seis años: bella como deben ser los ángeles, aun no se había despertado su alma, que dormía envuelta en las dulces ilusiones de la infancia. Vivía al lado de su padre, dichosa, alegre, aturdida, sin tratar de adivinar porqué en ciertos momentos sentía latir precipitadamente su corazón, porqué una tristeza indefinible impregnaba de melancolía y amargura su pensamiento: cuando se apoderaban de ella vagas aspiraciones, abriendo de repente á sus ojos caminos ignorados, iba á buscar á su padre, le contaba sencillamente sus tormentos y sus deseos; y encontrando en la palabra dulce y grave del anciano una fuerza sobrenatural, se calmaba la apasionada tempestad levantada en su corazón, y la tristeza huía, dejándola tan cándida y tranquila como antes.

Durante el día corría siguiendo las caprichosas vueltas del arroyuelo artificial que regaba las praderas de la granja: marchaba alegre, sonriendo, loca, cogiendo margaritas y coronillas, persiguiendo las mariposas de pintadas alas, escuchando el canto de los pájaros ó el balido de los rebaños.

Si encontraba un desgraciado que le tendía su mano, abría sin vacilar la pequeña bolsa que encerraba el tesoro de sus modestas economías, y echaba generosamente una pieza de plata en la mano del mendigo.

A menudo entraba en la granja sin un óbolo; y si le decía su padre tomando un aire regañón:

— ¡Margait, Margait! habeis hecho muchas locuras.

— Querido padre, respondía con candor, ¡he encontrado tantos desgraciados!

Y su padre la abrazaba; estaba tan orgulloso con ella como su hija era dichosa con él.

Por eso cuando Tanneguy, llevando á su hija de la mano, iba el domingo á la iglesia de la villa, solo se oían elogios á su paso.

Los ancianos saludaban al padre, que pasaba gravemente por entre ellos.

Los jóvenes sonreían á la joven, cuya mirada brillante de franca alegría.

Era un dulce murmullo, en que se mezclaba y confundía la admiración y el respeto, acompañándolos hasta el umbral de la vieja iglesia gótica como un piadoso y tierno concierto.

Tal era Margarita.

Jamás había arrugado el menor cuidado su frente pura; jamás la mas ligera inquietud había turbado la calmada serenidad de su corazón.

Marchaba como el viajero que atraviesa los bosques vírgenes de América, escuchando con arrobamiento las dulces armonías de la naturaleza, admirando las maravillas de esta vigorosa y fecunda vegetación, entregándose, en fin, á la contemplación de esas sublimes hermosuras que no puede igualar el arte.

Margarita no presentía tampoco esos amargos dolores que hacen la vida triste y desesperada, bebiendo sin temor en la copa de oro de las alegrías terrestres, en

la que hasta entonces no habían dejado caer sus hermosos ojos una sola lágrima.

Sin embargo, hacia algun tiempo que Margarita crecía extraordinariamente; sus formas se desarrollaban con gracia, sus hombros se redondeaban como bajo el enamorado cincel de un escultor invisible, un discreto fuego brillaba en sus negros ojos.

La pobre niña no comprendía bien lo que en si pasaba: se admiraba sencillamente de estos cambios maravillosos, y se asustaba algunas veces observando la triple diadema de juventud, gracia y candor con que la natura adornaba su hermosa frente.

El viejo Tanneguy y su hija marcharon así cerca de una hora; el primero saludando con la voz y el gesto á los labradores que el alba matinal llevaba á los campos; la segunda dando los buenos días con una sonrisa á las jóvenes de la villa que iban al mercado.

Algunas veces estos cambios de urbanidad tenían por parte de los campesinos un carácter particular de frialdad y encogimiento; pero el padre Tanneguy no se apercebía de ello... Poco á poco se fué haciendo el camino mas solitario, y solo encontraron á largos intervalos algunos viajeros aislados, cuyos rostros les eran desconocidos: cuando el sol inundó el horizonte, se encontraron solos en un sitio en que el camino se dividía de repente.

Había en este lugar dos caminos que conducían por diferentes vueltas á un mismo sitio. El uno, escabroso y lleno de rocas, ofrece al viajero la pintoresca aunque desnuda perspectiva de la costa; el otro es un pequeño sendero que desciende hasta el mar por una pendiente insensible.

El viejo Tanneguy se volvió á su hija leyendo en sus ojos con anticipación.

— Margarita, le dijo con tierna y paternal sonrisa; ¿qué camino tomaremos hoy?

Margarita chocó sus manos sin responder, golpeando la tierra con sus pequeños é impacientes piés, y se adelantó arrojando un dulce y alegre grito hacia el último sendero.

El viejo breton la miró un instante internarse y desaparecer en el sombrío camino, despues sacudió la ceniza de su pipa con el dedo pulgar, y apretó su bastón apresurando el paso para reunirse con su hija.

El sol había salido, y su viva luz parecía caer en lluvia de oro á través de las ramas de los árboles que se extendían como una bóveda por encima del sendero; los pájaros ocultos entre el follaje saludaban los primeros esplendores de la primavera; y los dos arroyos que bañaban el sendero, corrían murmurando entre las embalsamadas flores de sus orillas.

La naturaleza tiene una lengua desconocida y melodiosa que conmueve profundamente el corazón, y nos hace meditar dulcemente.

El viejo Tanneguy sentía apoderarse de su ser una vaga tristeza dejando volar su pensamiento hacia los mundos infinitos de la imaginación.

Margarita estaba ya muy lejos.

Había desatado el sombrero de paja de anchas alas que reemplazaba este día á la cofia tradicional de las hijas de Bretaña; sus largos cabellos flotaban sobre sus espaldas, y la rubia niña corría con embriagadora locura.

Pero despues de haber arrancado á los lados del camino algunas flores azules y amarillas, se volvió de repente, y no viendo detrás de ella la silueta amada del viejo Tanneguy, subió corriendo la pendiente que acababa de bajar, apresurándose á recobrar por un momento su puesto acostumbrado cerca de su padre.

Y no era que Margarita tuviese miedo de encontrarse sola en medio del sendero; Margarita no temía mas que á los duendes y las brujas, y sabía muy bien que las brujas y los duendes no andan durante el día por los campos. Pero Margarita amaba á su padre, y cuando las mariposas, la brisa ó las flores no la inspiraban graves distracciones, su corazón entero volvía á su padre muy amado.

Margarita era una noble niña, y el viejo Tanneguy no ignoraba el puro tesoro que Dios le había enviado.

En uno de esos momentos que separada de su padre por el impetu de su carrera, no pensaba la rubia niña mas que en perseguir mariposas, llegó á un sitio solitario en que el camino se desembarazaba de repente del ramaje que hasta allí ocultaba el horizonte, y permitía á las miradas esparcirse á lo lejos por las vastas playas del Océano.

Sea que Margarita se sintiese conmovida con la hermosura del espectáculo que se ofrecía tan inopinadamente á sus ojos, ó que otra causa hiciese nacer en ella un sentimiento mezclado de temor y alegría, se detuvo de pronto, cruzando sobre su pecho sus brazos medio desnudos. Despues, como si la alegría que la había acompañado hasta entonces la abandonase de repente, ó si una especie de terror se apoderase de ella, miró instintivamente á sus costados, no sabiendo si avanzar ó retroceder.

Por último pareció tomar su partido; se volvió vivamente, y despues de un nuevo movimiento de vacilación, tornó hacia atrás, yendo á reunirse con su padre, que no tardó mucho rato en apercebir.

La causa de las vacilaciones y temores de Margarita es muy natural y muy importante en esta historia para que hagamos de ella secreto por mas tiempo al lector.

Diremos pues que en el momento en que la joven llegaba á la extremidad del sendero en que la hemos visto detenerse, un joven, vestido con un elegante traje de mañana, venía hacia ella montado en un magnífico caballo de raza.

Era casi un niño... Tenía ojos vivos y negros; largos cabellos castaños caían en bucles á lo largo de sus mejillas, y un bigotito negro que describía una graciosa curva sobre sus labios, hacía resaltar mas la bella palidez de su cutis.

El joven no había visto á Margarita, ó si la vió no la había reconocido, pues continuó su camino sin tratar de acelerar el paso de su caballo.

Su mirada erraba vagamente de derecha á izquierda, y su pensamiento seguía á su mirada.

Meditaba...

Meditaba... en esas mil cosas dulces ó graves, encantadoras ó terribles, que fatalmente se presentan á todo hombre que entra en la vida.

Se decía que tenía veinte y dos años, que la vida se abría ante él, y que no sabía qué senda escoger entre todas las que se le ofrecían.

Se preguntaba qué sentimiento extraño, desconocido, evocaba en su corazón entusiasta el espectáculo del Océano, ó esa sublime y triste armonía de las grandes soledades.

Era un niño aun, y ante el insondable problema de la vida humana se sentía vacilar y tenía miedo.

Cuando se encontraron el viejo Tanneguy y el joven, el rostro del primero se dilató y le hizo un signo con la cabeza, lleno de benevolencia y simpatía.

— Buenos días, caballero Octavio, le dijo saludando con la mano; mucho habeis madrugado hoy.

El joven detuvo su caballo, y despues de inclinarse ante el padre de Margarita, había enviado á esta última una sonrisa particular, que atestiguaba anteriores relaciones.

Despues se volvió á Tanneguy.

— Ha sido preciso madrugar, le respondió tendiéndole una mano, que oprimió con un afecto verdaderamente paternal; mi madre ha ido á Morlay esta mañana, y voy á su encuentro.

— ¿Está buena la señora condesa?... preguntó Tanneguy.

— Muy bien, gracias; respondió el joven.

— ¡Ah! Margarita y yo hemos hablado muy á menudo de vos, prosiguió Tanneguy despues de un rato de silencio; hace algun tiempo que no os habiamos visto por la granja, y os creía ya en Paris.

— No, interrumpió Octavio, y no pienso aun en partir... pero tengo, desde que no os he visto, graves preocupaciones.

— Preocupaciones políticas... dijo el viejo Tanneguy, sonriendo con bondad.

— Tal vez, respondió arrojando á hurtadillas una mirada á Margarita.

Margarita se puso mas encarnada que una cereza.

Pero el joven estaba tan confuso como ella, y despues de algunas palabras insignificantes cambiadas aun con Tanneguy, saludó á los dos con un gracioso gesto, les prometió ir á verlos á su granja de Lanmeur, y hundió ligeramente las espuelas en los ijares de su caballo.

El noble animal tomó de seguida el trote, desapareciendo un instante despues á las miradas de Tanneguy y su hija.

Cuando estos últimos lo hubieron perdido de vista, siguieron su camino silenciosamente dirigiéndose hacia Saint-Jean-du-Doigt, cuyas primeras casas se dibujaban ya en el horizonte.

A la extremidad del pueblecillo, sobre una pequeña lengua de tierra que se adelantaba casi hasta las orillas de la playa y detrás de un bosque de frondosos árboles, cuyos troncos verdes y vivos se destacaban con limpieza sobre el arenoso fondo de la costa, se elevaban las blancas paredes de una especie de cortijo solitario.

Desde que apercebieron esta encantadora habitación, brilló un rayo de alegría en los ojos de Tanneguy y su hija, apretando el paso instintivamente para apresurar su marcha.

Esta habitación era el presbiterio de Saint-Jean-du-Doigt.

#### II.

El pueblecillo de Saint-Jean-du-Doigt está lejos de ofrecer á la curiosidad del turista lo que el turista está habituado á buscar en Bretaña: monumentos de gran antigüedad, ó algun objeto digno de ser sometido á la apreciación de los anticuarios de Paris.

Fuera de su iglesia, que en algunas partes recuerda la arquitectura del siglo XV, y un vaso de plata ricamente cincelado que se conserva como un don auténtico hecho á la población por la duquesa Ana, el pueblecillo no presenta otro interés al viajero que su posición pintoresca y la hermosura de sus alrededores.

La proximidad del mar imprime á todo paisaje un carácter de fuerza y grandeza; hay en el espectáculo de esta inmensidad sin horizonte y la salvaje armonía de esas olas incesantemente agitadas, un no sé qué que fascina, atormenta la mirada é impregna el alma de una tristeza amarga y dulce á la vez.

En presencia de esta sublime página del libro de la naturaleza es imposible negar á Dios... ¡Dios está ahí, es preciso inclinar la frente y adorarle!...

Saint-Jean-du-Doigt está edificado sobre las dos vertientes opuestas de un vallecillo que invade con frecuencia el mar en los días de gran marea.

Por consecuencia de esta disposición natural, se divide el pueblecillo en marineros y labradores.

Durante la semana, no está habitado mas que por las mujeres, los ancianos enfermos y los mendigos; cuando el tiempo no es muy malo, los labradores van al

campo, mientras que los marineros ganan la alta mar.

Tanneguy y Margarita no se sorprendieron de encontrar este día casi desierto á Saint-Jean-du-Doigt, y ver solo de cuando en cuando alguna que otra vieja ocupada en hilar, y algunos ancianos que iban á la iglesia.

Así lo atravesaron, y en poco tiempo llegaron al presbiterio.

Esta habitacion era una de las mejor situadas de toda la costa; construida sobre la vertiente del Este, dominaba á pico el valle y la playa que se extendia hasta las mas apartadas extremidades del horizonte. Nada se ha descuidado para aumentar el encanto de su posicion. A derecha é izquierda del patio de entrada, se levantan dos edificios de forma rústica, donde se encierran por la noche los bueyes y caballos de labor; en el fondo se destaca vivamente sobre el azul del cielo la blanca silueta del presbiterio medio oculta entre los árboles frutales del vergel que la precede. Esta es la residencia del abate Kersaint.

Antes de ser cura de Saint-Jean-du-Doigt, habia sido por algun tiempo vicario en Lanmeur, y en este último punto conoció á Tanneguy. Él habia bautizado á Margarita, y tambien él habia dado á la mujer de Tanneguy los supremos consuelos de la religion.

El abate Kersaint era uno de esos nobles y venerables sacerdotes que ejercen su santo ministerio con la serenidad de una conciencia pura y el animoso valor de un alma consagrada á la humanidad. En Saint-Jean-du-Doigt como en Lanmeur, era el padre de los pobres de la comarca, y por toda la costa no se pronunciaba su nombre sino con santa y piadosa veneracion.

Tanneguy y Margarita conocian el presbiterio por haber venido á él con frecuencia; empujaron la puerta sin llamar, y entraron en el patio.

Un enorme perro guardaba el umbral; pero sin duda conoció á los nuevos huéspedes, porque despues de haber levantado la cabeza y dejado oír un gruñido sordo é inarticulado, se volvió á tender descuidadamente á dos pasos de su nicho, y miró pasar á los visitantes.

Tranquilizada por la benévola actitud del cancerbero breton, dejó Margarita la mano de su padre y echó á correr.

Ya habian sido vistos los viajeros, y cuando la rubia niña pisaba los umbrales de la puerta, el mismo abate Kersaint llegaba á su encuentro.

— ¿Eres tú, Margarita? dijo el anciano tomando las manos de la niña con paternal ternura; vamos, este es un buen día, puesto que te veo y gozas salud.

— El señor cura es muy bueno.

— ¿Y somos siempre juiciosa?

Margarita enrojeció un poco y alzó los ojos hácia su padre que se acercaba.

El abate Kersaint dió algunos pasos y tendió cordialmente la mano á este último.

— El cielo sea con vos, Tanneguy, le dijo, sois un dichoso padre, y es una cosa rara veros por la costa; ¿no os ha sucedido nada de particular desde que no nos vemos?

(Se continuará.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — La fashion vuelve á Paris. — Una cacería de jabalíes en Trianon. — Recepciones ostentosas en los palacios campestres. — Los Pupazzi en los salones parisienses. — Las actualidades de Año nuevo: Nadar en su taller fotográfico. — Compañía dramática en Inglaterra organizada por el príncipe y la princesa de Gales. — Lección de cortesía dada por el emperador de Austria á M. Millon. — Las modas del día. — Lo que exige la moda de las pieles. — Trajes de soirée y de baile. — Los chalecos con trasparente. — Trajes de paseo y de Teatro Italiano. — Descripción del figurín, que representa trajes de baile de máscaras.

Ahora que han pasado las solemnidades del día de Año nuevo la fashion vuelve á Paris. Es de supremo gran tono permanecer hasta primeros de año en las posesiones campestres representando comedias, cazando y haciendo recepciones grandiosas que recuerdan las de Luis XIV y Luis XV. Así va el mundo; se vuelve hácia atrás en busca de lo nuevo.

Al regreso de la córte á Paris ha habido en Trianon una cacería de jabalíes á la española. Este espectáculo, que ya habia tenido lugar en Compiègne, es muy del gusto de S. M. la emperatriz.

Las fiestas de Navidad se han celebrado con magnificencia en el palacio de Chamarande del duque de Persigny, al propio tiempo que habia una gran representacion en el palacio de Mouchy, á la que asistia toda la aristocracia parisiense y extranjera.

Hay una nueva moda que está haciendo furor en los salones parisienses, y son los Pupazzi de M. Lemerrier de Neuville.

Los Pupazzi necesitan una explicacion.

Son muñecos de madera admirablemente articulados que representan los retratos ó las caricaturas de las principales celebridades contemporáneas.

Estos Pupazzi se hallan admitidos en los salones mas á la moda.

M. Lemerrier de Neuville los dirige en persona, y les hace cantar coplillas que son muy aplaudidas.

Como estos muñecos no necesitan tanto espacio como las personas para representar comedias, cada salon podrá formarse para su uso particular una buena compañía.

Una de las actualidades de Año nuevo ha sido el globo Nadar.

¡Pobre Nadar! Del reino de las nubes cuya conquista pretendia, ha venido á caer en su taller fotográfico del boulevard des Capucines.

— Es un loco, dicen los unos; ha querido hacer lo que los titanes.

— Es un hombre de genio, dicen otros.

Quizá estos últimos tienen razon. Nadar es el primero que ha hablado del hélice aéreo; él ha abierto la via celeste á los inventores parásitos que se aprovechan de la gloria ajena.

Todo el que conoce á Nadar sabe que no está vencido.

Ha buscado todos los medios para proporcionarse recursos, á fin de poner su hélice en movimiento. Hasta ha pasado á Inglaterra con los restos de su naufragio, pero ha llegado á Londres cuando toda la aristocracia habia marchado á la caza, y ha vuelto sereno y resignado á trabajar en la fotografia, que habia abandonado hacia tres meses.

Hé ahí pues á Nadar entregado á su antigua ocupacion, mientras el día menos pensado echa á volar con su hélice.

Parece ser que la moda de las representaciones teatrales por actores del mundo aristocrático ha pasado el estrecho y está ya haciendo furor en algunas residencias señoriales. A esto se añade que el príncipe y la princesa de Gales patrocinan estas diversiones escénicas.

Será curioso ver una compañía compuesta de jóvenes y púdicas ladíes y de gentlemen, representar, verbigracia: *la Escuela del escándalo*, *los Rivales*, de Sheridan, *Plot and counterplot*, *White bull at Greenwich*, y *Barefaced Impostors*.

Tales son los títulos de las comedias anunciadas.

Ya que ando por esos mundos, tengo que contar una anécdota.

En el último baile de la córte en Viena, un joven oficial de artillería que lleva un nombre plebeyo, quiso sacar á bailar á una señora, que le respondió con una negativa altanera.

El emperador que notó el incidente, se volvió al oficial, y llevándole hácia otra señora, le dijo:

— Mi madre os servirá de pareja.

En Francia no hay tantos requisitos; aquí se considera mucho menos el nombre que el dinero.

Cualquiera está seguro de una buena acogida con tal que sea millonario. M. Millon es el becerro de oro de nuestro tiempo, ante el cual todos doblan la rodilla. Para él son todos los honores, todas las sonrisas.

Pero en vez de declarar la guerra á M. Millon, comprendo que debo hablar de las modas del día, de pantalones, paletós y chalecos.

Voy á ello, y hé aquí mis últimas noticias:

Ha quedado adoptado el talle largo, lo cual quiere decir que volverá el talle corto en la próxima primavera.

La moda no procede sino por los extremos. Pasa de un corte á otro con la misma facilidad que pasamos nosotras de un sombrero inmenso á otro sombrero microscópico.

Las pieles están muy en favor, pero se necesita mucha elegancia para llevarlas, pues de otro modo un hombre de mundo puede equivocarse con un palafrenero.

Los paletós se ribetean con una banda de marta cibelina ó de astrakan.

Los trajes de soirée ó de baile no salen del frac negro ó de fantasia, es decir, azul, color de castaña oscuro, ó verde ruso. Los chalecos se llevan con trasparente de seda azul, rosa, violeta, paja y cereza, sean de moaré, de raso ó de felpilla.

Los jóvenes elegantes no deben vacilar en adoptar el chaleco blanco con viso de color adecuado á su fisonomía y á sus bigotes.

Esto hará sonreír; mas ¿porqué mis lectores no han de consultar la teoría de los colores? Es una de las grandes fuerzas de nuestros tocados femeninos.

En cuanto á los trajes de bailes de máscaras, se prefieren los históricos á los de teatro y de capricho.

Luego describiremos algunos de los mas en boga, pero antes debemos señalar varios trajes que hemos visto en el bosque y en los Italianos.

Para paseo hemos visto un sobretodo-paletó que reemplaza la clásica levita. Este paletó de paño color bronceado tiene solapas de terciopelo negro. El pantalon es de color blondina, ó gris hierro. Chaleco azul de felpilla, tela de mucho abrigo para diario.

Otro traje se compone de una levita-paletó verde ruso, ribeteado con una banda de marta cibelina. Pantalon gris fieltro, chaleco de felpilla y levita negra debajo del paletó.

Para soirée se ha decretado en muchos salones el calzon corto. Aviso á los que necesitan refuerzos en las piernas.

Para el Teatro Italiano el traje de rigor se compone de frac de paño negro muy abierto, chaleco de moaré antiguo formando chal y dejando ver una pechera de batista, corbata blanca, pantalon negro y guante blanco, paja, malva ó cuero de Rusia. Esto depende del puesto mas ó menos visible que se ocupa en el teatro.

Los guantes y la corbata tienen una gran significacion fisiológica.

Hay tal señora que prefiere la corbata blanca, en tanto que otra está por la corbata de capricho, y las mismas preferencias hay en los guantes blancos y color de lila.

Concluiremos con la descripción de nuestro figurín, que representa trajes de baile de máscaras.

El primero, muy propio para un joven de diez y ocho años, figura un abate del tiempo de la Regencia; pues de tal modo vestían en efecto ciertos abates bajo los reinados de Luis XIV y de Luis XV.

Nuestro mozalbete lleva la capita negra con cuello largo, cuyo cuerpo abotonado sobre el delantero ofrece una abertura para que se vea la pechera. El calzon corto va sujeto á las rodillas por medio de una cinta en forma de lazo.

La capa ó el cuello, como le llamaban en aquella época, lleva mangas con altas bocamangas guarnecidas de botones; y completan el traje puños de encaje, el alzacuello, el sombrero de fieltro de alas anchas, las medias de seda negra, y el calzado alto de la época.

Despues se ve el traje de una joven, muy en boga en el día; es una dama de la córte de María Antonieta, un traje todo de capricho, que solo puede explicarse por esos adornos con que las señoras saben engalanar las vestiduras históricas.

Sigue un noble de la misma época, pero este lleva la sencillez hasta su última impresion.

Esto no quiere decir que no puede trasformarse en un traje brillantísimo con solo hacer la casaquilla y el chaleco de terciopelo ó de seda, en lugar de merino ó paño.

Así tambien los ojales de las dos piezas figurados con galon blanco se pueden poner de galon de oro ó plata, lo que realza mucho el traje.

Nuestro joven lleva un calzon largo ajustado, de punto de algodon blanco metido en las botas de campana, que no han de tener espuelas, para comodidad de las bailarinas.

El cuarto y último traje representa un oficial del tiempo de Luis XV.

La pieza principal es una levita de paño encarnado, adornada con altas bocamangas de terciopelo negro.

La levita se abotona, lo que no impide el chaleco largo, y va guarnecida de galoncitos sobre el pecho; el mismo galon ribetea las mangas, cubre la costura del medio de la espalda, y la abertura de los faldones por detrás.

Calzon muy ajustado.

Medias blancas con ligas encarnadas.

Zapatos Molliere con hebillas doradas.

En la cabeza una peluca empolvada y un tricornio con plumas blancas en lo alto, y un galon de oro al rededor.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

De la prolongacion de la vida humana

POR MEDIO DEL CAFE.

Mucho se ha escrito, ya en pro, ya en contra del café. Cuando hace justamente dos siglos el embajador de la Sublime Puerta dió á conocer en Francia por primera vez la preciosa simiente asiática, encontró al punto un ejército de criticos y opositores. Pero muy en breve, seducidos indudablemente por el inefable aroma y por las bienhechoras propiedades del café, sus primeros enemigos cesaron sus ataques, contentándose con saborearlo silenciosamente. «Racine pasará igualmente que el café,» decia madama de Sevigné: Racine y el café continúan gustando, á pesar de esta célebre prediccion. Este «veneno lento» como en un principio quisieron denominarlo, conservó á Voltaire hasta la edad de ochenta y cuatro años, dejándole un vigor de mente y de cuerpo del todo juvenil. Aun es probable que si el filósofo de Ferney no hubiese cedido en aquella edad á la imprudente tentacion de hacer el viaje á Paris, para disfrutar las deliciosas pero demasiado fuertes sensaciones de un triunfo publico, hubiera vivido todavia muchos años. Fontenelle prolongó su existencia un siglo entero, haciendo gran uso del mismo licor, y conservó siempre una viveza de espíritu y una energia moral nada comunes.

Hace mucho tiempo que se han citado y se citan estos dos grandes ejemplos en honor y gloria de la odorifica haba de Moka. Pero veamos algo menos vulgar y menos acomodado al espíritu científico del día. Tal es un conjunto de observaciones médicas que viene á presentar en favor del uso higiénico del café pruebas que tienen ese carácter positivo que en el día se exige.

El doctor Petit, de Chateau-Thierry, ha publicado en 1862 una Memoria acerca de la «Prolongacion de la vida humana por medio del café.» Los datos en que el autor se apoya hablan manifiestamente en favor del café, el que, por lo demás, se ha propagado por todo el mundo en la presente época, y creado tambien entre nosotros nuevos hábitos sociales.

El doctor Petit no se apoya en observaciones puramente individuales ó aisladas, sino en hechos justificados, de notoriedad pública, y que por su carácter general no podrian ser considerados como meros accidentes, ó como resultado de un concurso fortuito de circunstancias particulares.

\* Trasladámonos á las hulleras de Charleroi, situadas en las fronteras del departamento del Norte, donde millares de hombres van diariamente á sepultarse en las entrañas de la tierra por espacio de doce horas, á fin de extraer las masas de carbon de piedra indispensables para alimentar las herrerías. Veremos allí vigorosos trabajadores, cuyo exterior indica una salud robusta y la mayor fuerza muscular, y sin embargo, su alimento ni es sustancioso ni abundante: consiste en sopa de café tres ó cuatro veces al día, algunas patatas y una libra de carne á la semana, á lo cual se halla reducido el alimento del trabajador en las hulleras de Charleroi. Estos hombres pueden ahorrar una cuarta parte de la cantidad de alimento que seria necesaria para mantener las fuerzas en otros individuos; 1,500 gramos de alimentos diarios les bastan abundantemente en circunstancias en que otros consumirían dos kilogramos.

En las cercanías del Riesen-Berg, en Bohemia, en medio de los montes Krapacks, viven unos infelices aldeanos que casi todos son tejedores. Estos desgraciados, destituidos de todo y teniendo durante muchos años una alimentacion en extremo insuficiente, llegaron á tal grado de palidez y de flaqueza, que en cierto modo los habia degenerado. Los médicos del país tuvieron un día la idea de someterlos al régimen habitual del café. El ensayo excedió á las esperanzas, y en el día, respecto á salud y vigor, los trabajadores del Riesen-Berg no tienen

nada que envidiar á los demás países. Para facilitar á estos pobres aldeanos la adquisición de una sustancia tan saludable, el gobierno austriaco ha suprimido recientemente en favor de aquellos los elevados derechos sobre la importación del café.

M. de Gasparin, arrebatado recientemente á la ciencia y á sus compatriotas, comprobó hace muchos años en sus respectivos parajes los anteriores interesantes hechos. El café, dice M. de Gasparin, hace mas estables los elementos de nuestro organismo. Por los trabajos de Duhamel y de M. Flourens es sabido que constantemente se opera en nuestros órganos un doble movimiento de composición y descomposición molecular; este constante movimiento de absorción y de formación de nuevos tejidos tiene lugar igualmente en la sangre que en los huesos y en los músculos. Si pues, el café disminuye este doble movimiento vital, la necesidad de recomposición y de alimentación, por consecuencia, debe ser menor.

Obsérvase en efecto, que bajo la influencia del café los productos de las secreciones son mas acuosos, la respiración menos activa, y por lo tanto menos rapidas las pérdidas de sustancias absorbidas. En la misma circunstancia se ha observado tambien una disminución del calor animal.

Esta última circunstancia hace comprender la utilidad del café en los países calidos, donde la temperatura es tan penosa de sobrellevar, que parece, por decirlo así, que consume las fuerzas de la vida. Las administraciones francesas de guerra y de marina, que desde hace mucho tiempo han hecho entrar habitualmente el café en la ración del soldado y del marino en campaña, han quedado satisfechas con esta innovacion. El uso del café ha sido de inmensa ayuda á las tropas francesas, tanto en los desiertos de Africa como en Crimea, en Italia y en China, y las tripulaciones de las escuadras han sacado de aquella simiente las mismas ventajas higiénicas.

Ahora principalmente es útil esta á los soldados franceses en el suelo de Méjico, y en especial en *Tierra Caliente* y en Veracruz, este terrible foco de la fiebre amarilla. El café es la bebida de los países calidos, como los licores alcohólicos son la natural de los países del Norte. Sabido es que en 1814 los rusos hacían enorme consumo de bebidas espirituosas unidas con sustancias grasas. Estos dos sistemas de alimentación, esto es, el café ó las bebidas alcohólicas, son conformes con las respectivas necesidades de cada pueblo, y trastornar su orden será contrario á los preceptos de la higiene.

Tales son los principales hechos contenidos en la memoria del médico de Chateau-Thierry. No salimos garantantes de ninguna de las opiniones emitidas por el autor, pero las miras que se propone nos han parecido muy originales y apoyadas en muy graves consideraciones científicas para que deban ser manifestadas aquí.

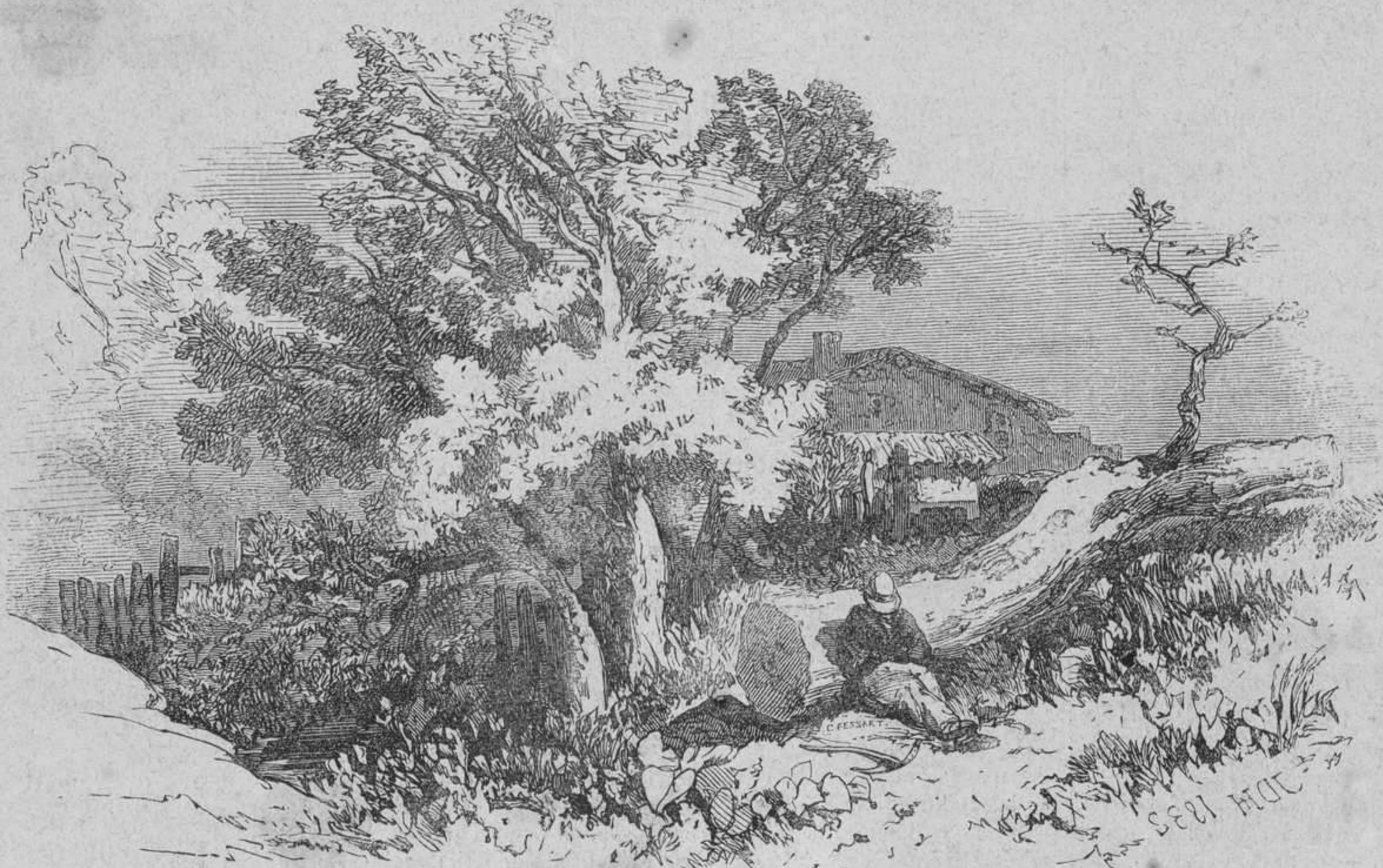
En proporción que el hombre entra en años, el tejido huesoso disminuye en cantidad. Sabido es, por ejemplo, la facilidad con que las fracturas se producen entre los ancianos. Este hecho consiste en la débil resistencia de los huesos, la cual procede del adelgazamiento de estos órganos. Esta es la consecuencia de la desaparición de la sustancia huesosa en los ancianos. Las partículas fosfáticas de los huesos son absorbidas y arrastradas en el torrente circulatorio, y las moléculas calcáreas conducidas así por la sangre, llegan á obstruir los pequeños vasos sanguíneos ó capilares.

M. Robin, sabio profesor de la facultad de medicina de Paris, ha emitido la idea de que disolviendo estos depósitos fosfáticos por medio de un agente químico, con el aciláctico, por ejemplo, se podría quizá impedir aquella obstrucción de los vasos, causa muy frecuente de congestiones mortales entre los ancianos, y prolongar así el término de la vida humana. M. Petit opina que es mejor evitar aquella obstrucción de los vasos, que tener que combatirla cuando existe.

Del hecho bien comprobado acerca de que el café retarda el movimiento de descomposición de los órganos, M. Petit deduce que con el uso habitual de aquel licor la vida humana podría prolongarse mas allá de sus límites ordinarios. Por consiguiente, recomienda el uso



James Duffield Harding, pintor inglés.

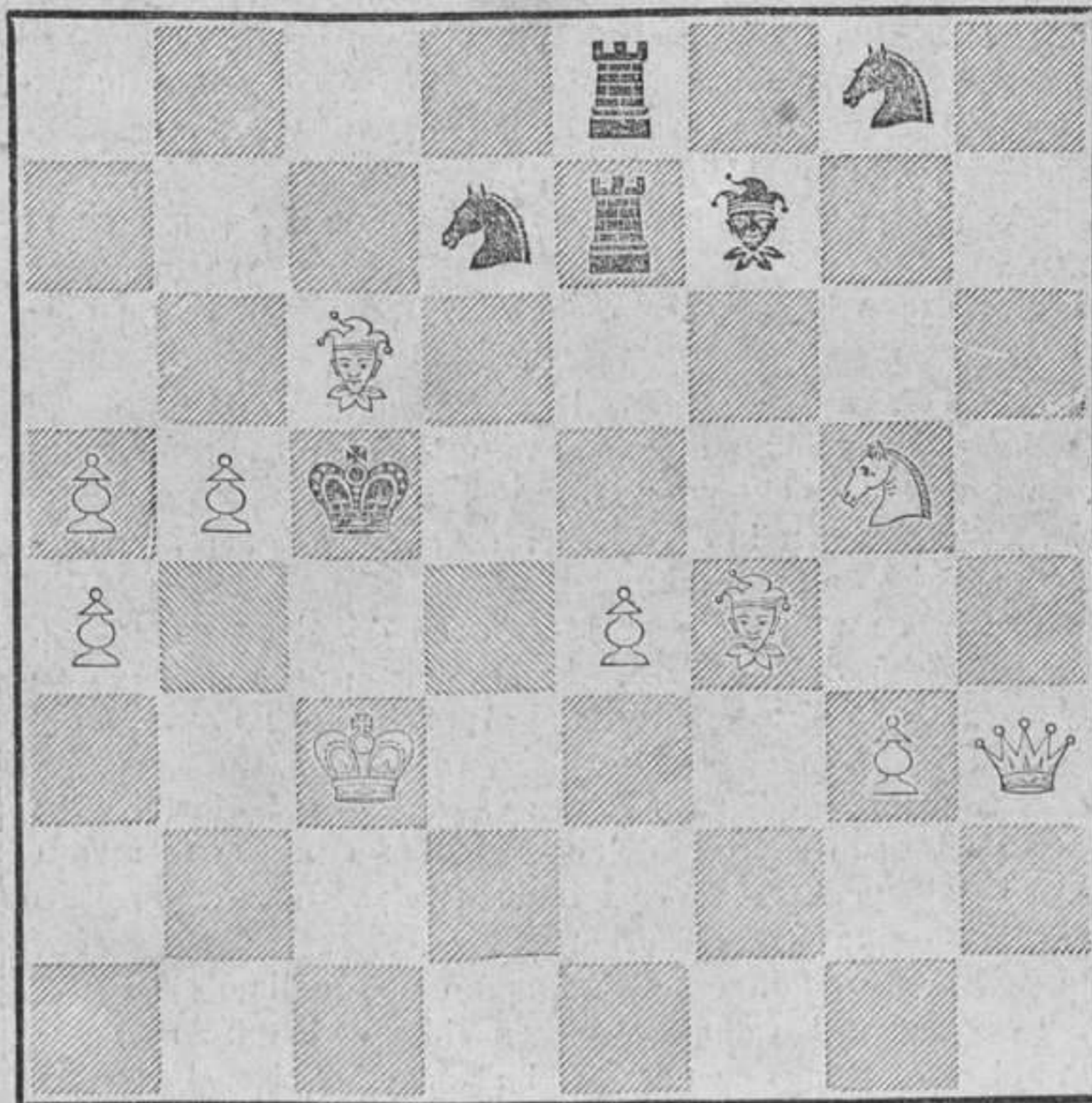


Fac-simile de un dibujo inédito de Harding.

### Problemas de ajedrez. (1)

PROBLEMA NUM. 95, POR M. MAZZOLANI.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

del café á los ancianos y aun á las personas que han llegado á la edad de cincuenta años. Puede tomarse en la dosis de una, dos, tres y hasta cuatro tazas al día, segun las necesidades, las circunstancias y el estado pleurítico de los individuos. Inútil es agregar, por otra parte, que el café no dispensa las precauciones higiénicas habituales.

En apoyo de su opinion cita M. Petit multitud de ejemplos, escogidos entre los casos que ha tenido proporción de observar en el ejercicio de su arte, y en la dirección de su establecimiento hidroterápico de Chateau-Thierry. Estas observaciones propenden á probar que el café puede ser considerado como un medio de longevidad. Conducen tambien á recomendar su uso en el tratamiento de las congestiones y hemorragias cerebrales, afecciones casi siempre mortales y contra las que el arte tiene pocos recursos. Sin embargo, este es un punto de medicina en completa oposición con la práctica reinante, y que para ser adoptado formalmente necesitaría un estudio mas profundo y hechos mas comprobantes que los alegados por el autor.

La propiedad que el café posee de hacer mas acuosos los productos de las secreciones, conduce tambien al doctor Petit á aconsejar este agente para combatir la gota, el mal de piedra y las afecciones calculosas. En este particular se halla de acuerdo con M. Trousseau, el cual lo recomienda para semejante circunstancia en su *Tratado de materia médica y de terapéutica*, y quien con este motivo recuerda que el mal de piedra y la gota son casi desconocidos en Oriente y en las Antillas, donde se hace muy enorme consumo de café.

L. E.

### Harding.

El pintor de paisaje, James Duffield Harding, que acaba de morir, es el mas conocido de todos los paisistas ingleses, despues de Turner. Nació en 1798, y su padre, que era profesor de dibujo, le enseñó las primeras nociones de su arte. Luego pasó á estudiar bajo la dirección del acuarelista Prout, y aprendió de él sin duda la armonía del efecto luminoso y de las oposiciones pintorescas del claro y la sombra, así como tambien adquirió entonces la afición á la arquitectura. Con estos conocimientos vino á ser un dibujante muy estimado; su estilo es fácil y elegante, y sus aguadas están ejecutadas con mucha habilidad; pero es lástima que su colorido sea amanerado. Hay en las numerosas obras que

ha producido una seguridad de práctica muy notable; pero lo que no se encuentra tanto, es el sentimiento verdadero y sencillo. Sin embargo, aunque rebusca los efectos en su pintura, no abusa del brillo, como hacen por lo comun los acuarelistas ingleses, incluso el mismo Turner. Harding ha pintado tambien al óleo, y en la Exposición universal de 1855 presentó una *Vista de Friburgo*, que mereció justos elogios por su lindo aspecto. Los aficionados se han disputado las vistas pintadas por Harding en Suiza, en el Tirolo y en Italia, y muchas de ellas han sido reproducidas por el grabado, alimentando así esas publicaciones que con el título de *Landscape annual* han estado á la moda no solo en Inglaterra, sino en Francia.

J. D. P.

### (1) Solución del número 94.

- |                       |             |
|-----------------------|-------------|
| 1 Ra 6a AR            | C casilla R |
| 2 A come P jaque      | A come A    |
| 3 Ra 6a T jaque       | R 5a C      |
| 4 Ra 3a T jaque       | R come Ra   |
| 5 C 2a AR jaque-mate. |             |

Los Editores-Propietarios responsables :  
X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipog. de J. Best, calle St-Maur-St-Germain, 15.